María Rosa Oliver, 1945

Acerca de *América vista por una mujer argentina*

Margarita Pierini

unipe editorial universitaria
COLECCIÓN AUTOR/FECHA

MARGARITA PIERINI (Buenos Aires, 1947). Docente e investigadora en diversas universidades de México y Argentina. Entre sus temas de estudio están la literatura de viajes, la novela popular de las primeras décadas del siglo XX y la producción literaria de escritoras latinoamericanas. Algunas de sus publicaciones: Compilación y prólogo de Roberto Arlt, *Aguafuertes bonaerenses* (2023); *14 escritoras latinoamericanas del siglo XX*, edición y estudio preliminar (2014); *Derroteros del viaje en la cultura: mito, historia y discurso* (en colaboración) (2008); *La Novela Semanal (Buenos Aires, 1917-1927): un proyecto editorial para la ciudad moderna* (2004); *Viajar para (des)conocer. Isidore Löwenstern en el México de 1838* (1990).

María Rosa Oliver, 1945

María Rosa Oliver, 1945

Acerca de *América vista por una mujer argentina*

Margarita Pierini

unipe editorial universitaria

COLECCIÓN AUTOR/FECHA

Pierini, Margarita
María Rosa Oliver, 1945: acerca de América vista por una mujer argentina / Margarita Pierini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: UNIPE: Editorial Universitaria, 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-631-6745-01-9

1. Crítica de la Literatura Argentina. I. Título.
CDD A860

UNIPE: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
Carlos G.A. Rodríguez
Rector

Ana Pereyra
Vicerrectora

Adrián Cannellotto
Secretario de Investigación y Posgrado

UNIPE: EDITORIAL UNIVERSITARIA
Diego Herrera
Edición y corrección

Oscar Bejarano
Diseño y diagramación

Diana Cricelli
Diseño de la colección

COLECCIÓN AUTOR /FECHA
Laura Cilento y Oscar Conde
Directores

Foto de tapa: collage a partir de fotografía de Annemarie Heinrich, 1935.

© De la presente edición, UNIPE: Editorial Universitaria, 2025
www.unipe.edu.ar

1ª edición, octubre de 2025

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

ISBN 978-631-6745-01-9

Presentación de la colección Autor/Fecha

Autor/Fecha es el sistema abreviado de cita más conocido para resumir los datos de un libro. Nos dice quién escribió qué y cuándo se publicó. Nos lleva hasta el lugar donde están todos los datos, ordenados y clasificados. Desde esas coordenadas llegamos a los libros que queremos.

Esta colección propone, en cada volumen, recrear ese sistema de envíos depositando al lector en el mirador que ofrecen un autor argentino contemporáneo y, en particular, alguna de sus obras paradigmáticas. Así, especialistas de diversos campos abordan y recorren críticamente textos clave a partir de la combinación de perspectivas biográficas, históricas, políticas, estéticas y culturales. El recorrido aleatorio por nombres y fechas incita la atractiva posibilidad de encontrar «años admirables» en el escenario de representaciones sociales que es la literatura argentina contemporánea.

Laura Cilento y Oscar Conde
Directores de la colección

Índice

ANTES DE *AMÉRICA* 11

Inicio 13
Quién es María Rosa Oliver 14
La familia Oliver Romero 19
Memorias de infancia, adolescencia
y primera juventud 20
Las líneas de una vida 28

AMÉRICA VISTA POR UNA MUJER ARGENTINA 35

El libro y su contexto 41
En viaje 46
En Estados Unidos 53

DESPUÉS DE *AMÉRICA* 63

Yo que nunca fui peronista 67
Por la paz del mundo 72
Con los ojos abiertos sobre América Latina 85
Hacia el final 99
Últimas imágenes de María Rosa Oliver 102
Coda 106

BIBLIOGRAFÍA 109

AGRADECIMIENTOS 123

Antes de *América*

INICIO

Es julio, y es invierno en el hemisferio sur. La mujer que atraviesa dos continentes en su primer vuelo largo siente frío, a pesar de estar bien pertrechada con su traje sastre y su sacón de piel, ropa que recomendará para trayectos similares a las lectoras del libro que dará cuenta de su viaje y de la misión que lo convoca.

Desde la ventanilla del avión, siempre volando con luz del día, verá una alfombra verde, la inmensa selva amazónica, que, en imaginativa asociación, le parecerá «hecha de coliflores oscuros» (A: 33).[1] Pero la metáfora más bien prosaica da lugar a todas las imágenes, y los temores, que proceden de un patrimonio de lecturas que van de Charles Darwin a Julio Verne, de Eustasio Rivera a Rómulo Gallegos, en sus narraciones sobre los habitantes de esas regiones donde hierve la vida de la selva virgen, con sus fieras y sus alimañas, sus aventureros y sus indios. Y algún relato sobre los caníbales y los reductores de cabezas se filtra en la mente de esta porteña que ha abandonado el confort de lo conocido –su casa familiar, sus amigos, sus colegas en múltiples proyectos– para

1. En adelante, abreviamos «A» al citar el libro de Oliver: *América vista por una mujer argentina* (1945).

emprender un viaje que tiene mucho de aventura, más allá del proyecto al cual ha sido invitada.

En 1942, en un momento en que la guerra no muestra un resultado definido para ninguno de los bandos en pugna –los Aliados, el Eje–, María Rosa Oliver inicia su periplo hacia los Estados Unidos para colaborar con la *política de Buena Vecindad* que el gobierno de Franklin D. Roosevelt lleva adelante desde la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos (Office of Inter-American Affairs), a cargo de Nelson Rockefeller. El objetivo: garantizar que los países latinoamericanos, frente a la amenaza del nazismo, integren un frente común con «la hermana del Norte».

Para esta mujer madura –tiene 44 años– no es una novedad participar con todo su saber, su capacidad de trabajo y su don de relaciones en un proyecto donde se defienden los valores de la libertad y los derechos de hombres y mujeres. Fundadora de la Unión Argentina de Mujeres y de la Junta por la Victoria, defensora de la República Española y, a su caída, organizadora de redes de acogida para los exiliados republicanos, hace tiempo que se destaca por su actividad y su compromiso con causas decididamente políticas. Por todas esas razones, como le anticipa alguno de sus amigos, va a ser seleccionada para integrar el grupo de asesores del Departamento de Asuntos Culturales de la Oficina, creada en 1940 por la administración de Roosevelt.

El viaje a Estados Unidos y los años en que allí forma parte del equipo de Rockefeller, junto con otras personalidades latinoamericanas, son el material sobre el cual escribe el pequeño libro que aquí nos ocupa: *América vista por una mujer argentina*. Un libro que se publica en Buenos Aires en un año y un mes que mucho dicen en la historia argentina: octubre de 1945.

QUIÉN ES MARÍA ROSA OLIVER

Suele ocurrir, en los círculos culturales, literarios, artísticos, y –supongo– también en los científicos, que lo que viene a la

memoria en primer lugar son los dos o tres grandes nombres que los han *consagrado*. Quedan en segundo plano las figuras menos atrayentes para los *flashes* –reales o figurados– de los fotógrafos. Y, sin embargo, al mirar más atentamente las fotos, al revisar nuevamente los catálogos, los índices de publicaciones, los consejos de redacción, los responsables de instituciones, vemos reiterarse una serie de figuras, siempre activas, siempre ocupando un lugar poco llamativo pero imprescindible.

En el mundo de las letras, para enfocarnos en nuestro ámbito, este rasgo es una constante, que por cierto no alteran las épocas. Están en primera fila los grandes autores, los grandes editores, hasta los grandes mecenas; y están, invisibles a primera vista, quienes hacen posible que la obra llegue a sus lectores: el traductor, el corrector, el director de colección –gran elector de los contenidos de un catálogo.

Oliver forma parte de la revista *Sur* desde su creación, y alguna vez ha contado la historia de sus inicios, y, por ende, de sus propios comienzos en el campo de la edición, en su artículo «Años de plácida inquietud». Durante el verano de 1930, recuerda, van a diseñar bajo los árboles de San Isidro, en la casa de su amiga Victoria Ocampo, la que será una de las revistas más representativas de la cultura argentina durante medio siglo. Una vez el proyecto en marcha, forma parte del Comité de Redacción, y será una pieza imprescindible en el equipo editorial.

> Por primera vez leía originales con la obligación de opinar sobre ellos, por primera vez pude comprobar hasta qué punto la letra de molde altera lo escrito a mano o a máquina [...] por primera vez me di cuenta en qué consiste la buena composición tipográfica de una página y descubrí que la diagramación puede ser un arte. De nuevo me sentí fascinada por la pericia artesanal que permite saber, sin las dudas que subsisten al terminar otra obra de creación, a qué grado de perfección se ha llegado (Oliver, 1966: 17).

Al mismo tiempo, colabora con reseñas, traducciones, notas, coordinación de números especiales –como el dedicado a Brasil (nº 96)–, aunque no siempre aparezca su nombre. Tampoco queda registrada su tarea como mediadora para, a pedido de Victoria Ocampo, solicitar artículos, proponer proyectos, invitar a integrar ámbitos culturales, poniendo en juego sus propias redes de amistad. Así, en 1938, le escribe a Alfonso Reyes, su gran amigo desde los años en que se desempeñara como embajador de México en Buenos Aires:

> Querido Alfonso: Se están terminando estos días los trámites para la creación y la organización de una gran editorial en la cual el grupo de *Sur*, y especialmente Victoria, tendrá las directivas. Entre las iniciativas hay una de la cual Victoria me pide que le hable a Vd, pues de Vd depende su éxito. Se trata de hacer una colección de clásicos americanos (del norte y del sur) y de ponerla bajo su dirección. Se anunciaría como la «Colección de Clásicos Americanos. Dirigida por Alfonso Reyes».[2]

Una conocida foto del Grupo Sur, tomada en los años treinta en la escalera de la casa vanguardista de Victoria Ocampo en lo que hoy se llama Barrio Parque (Ciudad de Buenos Aires), muestra a algunos de sus integrantes: la propia Ocampo, Eduardo Mallea, Oliverio Girondo, Norah Borges, Ramón Gómez de la Serna, Ernest Ansermet. Abajo, sentada sobre un escalón, está María Rosa. Y ese lugar nos propone una doble lectura: en el plano físico, el recuerdo de sus limitaciones de movilidad, a partir de la poliomielitis sufrida en su infancia; en un plano simbólico, es posible pensarla como el

2. Carta manuscrita del 10 de agosto de 1938; en el archivo de la Capilla Alfonsina, México. Agradezco a Alicia Reyes (†), durante muchos años generosa albacea de la herencia cultural de su abuelo, la autorización para reproducir las cartas entre Oliver y Reyes que se conservan en ese archivo.

basamento que ella representa para los proyectos del grupo, y que será reconocido por la fundadora, en esa cercanía intelectual y afectiva que, interrumpida durante un tiempo por radicales enfrentamientos ideológicos, va a recuperarse en los años finales de las dos viejas amigas.

Esas tareas menos visibles pero tan trabajosas, como sabemos, dejan menos espacio para la tarea de la propia creación de esta mujer a quien Ángel Rama llamó «la más infatigable exploradora de las letras argentinas» (1965: 29). A pesar de su actividad constante en diversas publicaciones, de distintas orientaciones, objetivos y destinatarios, el libro, que es lo que suele hacer visible a un autor, ocupa *cuantitativamente* un lugar menor en la producción de Oliver, quien solamente publica seis. Dos de ellos, escritos por encargo: su *Geografía Argentina* (1939a) y *América vista por una mujer argentina* (1945). Otro, *Lo que sabemos, hablamos… Testimonio sobre la China de hoy* (1955), en colaboración.

En un reciente artículo (2020), que muestra un exhaustivo trabajo de documentación y de análisis, la investigadora Vanessa Gómez Pereyra subraya la conciencia que tiene Oliver sobre lo *escaso* de su producción editada:

> La dificultad de obra aparece desde el inicio de la reflexión de la autora en términos de un «largo debate» de conciencia y de vocación que, afirma, se le ha hecho apremiante bajo la interpelación de pares y periodistas, pues, cuando la han entrevistado o requerido sus «datos biográficos», ha sido inevitable para ella tener que atender a la pregunta sobre cuántos libros ha publicado. «Bastante abochornada», aclara, se ha limitado a reportar apenas un par de títulos. Y continúa: «Al confesarme tan desprovista de *obra editada* pasaban por mi mente las horas transcurridas tecleando en la máquina de escribir, los ensayos, los cuentos, las notas aparecidas en publicaciones diversas, y hasta en distintos idiomas, que no me di tiempo de recopilar, que reunidos formarían tres tomos y que nunca juntaré en volumen por-

> que ignoro en qué archivos o anaqueles están amarilleando las páginas de los diarios y revistas en que aparecieron» (Gómez Pereyra, 2020: 173; el destacado es mío).[3]

Son los tres tomos de sus memorias, publicados entre 1965 y 1981,[4] los que van a darle el lugar que le corresponde a esta testigo y escriba del siglo XX en Argentina, en América y en el mundo: «Muestran la historia de un tiempo, de una sociedad, de una cultura. Y se descubre en ellos un itinerario, una vida argentina» (Guasta, 2012: 17).

Adolfo Prieto (1966), en uno de sus libros fundacionales, *La literatura autobiográfica argentina*, refutaba «la opinión que tiene ganada casi categoría de prejuicio», sostenida por José Ortega y Gasset, de que tanto los españoles como los latinoamericanos son muy poco afectos a hablar de sí mismos. El trabajo de Prieto, realizado en la Universidad Nacional de Rosario antes de que el vendaval del Proceso lo obligara al exilio y dispersara a su equipo de investigadores, llega hasta las autobiografías de Ramón J. Cárcano y Carlos Ibarguren, sin que pudiera avanzar en el siglo XX.

Las memorias de Oliver confirman esa refutación de Prieto; y, con toda justicia, en las últimas décadas han sido objeto de estudio por parte de numerosos investigadores. Algún crítico ha afirmado que *Mi fe es el hombre*, el último tomo de sus memorias –publicado en 1981, en forma póstuma– «pasó casi inadvertido», ya que «su autora había perdido protagonismo en el mundo cultural porteño» (Fernán-

3. Gómez Pereyra cita aquí la charla/ensayo autobiográfico «El hoy y el recuerdo» («The Vocation of Being a Writer»), ca. 1962. Fuente: María Rosa Oliver Papers, ca. 1899-1997, Caja 1, Fólder 4. División de Manuscritos, Departamento de Libros raros y Colecciones especiales, Biblioteca central de la Universidad de Princeton.

4. Sus tres libros de memorias: *Mundo, mi casa* (1965), *La vida cotidiana* (1969) y *Mi fe es el hombre* (1981). En adelante, abreviamos *Mundo*, *Vida* y *Fe*, respectivamente.

dez Bravo, 2008). El comentario parece obviar el contexto de aquellos años oscuros; en 1981, las memorias de quien a veces firmaba con humor «Rosita la Roja», publicadas por un editor de la izquierda católica, que ofrecen las vivencias de una época de conflictos bélicos y de radicales enfrentamientos ideológicos (1936-1945) narradas a la luz de las convicciones que ella sostenía públicamente, no se ajustaban a la oferta editorial que podía sin riesgos ocupar un lugar visible en las librerías. A pesar de todo, motivó algunas reseñas muy representativas de las tensiones que Oliver protagonizó en su medio intelectual y social, como veremos más adelante.

LA FAMILIA OLIVER ROMERO

María Rosa Oliver nace en Buenos Aires el 10 de septiembre de 1898. Es la mayor de ocho hermanos; al menor, Samuel –arquitecto, director del Museo de Bellas Artes (1963-1977)– le lleva casi veinte años. Ella podrá evocar, como su amiga Victoria Ocampo, también hermana mayor de una numerosa familia, el ambiente cálido y tierno de una casa poblada por muchos chicos.

Por el lado de su madre, María Rita Romero, tiene entre sus antepasados a los Demaría, relacionados con la familia Escalada, y a Felipe Arana, ministro de Juan Manuel de Rosas. Su abuelo Juan José Romero fue senador y varias veces ministro de Hacienda de sucesivos gobiernos de finales del siglo XIX. En sus memorias, Oliver recuerda que, en 1909, durante el largo viaje que lleva a su familia a Europa para consultar a los mejores médicos sobre la poliomielitis que la afectaba desde los diez años, el Dr. Romero había ofrecido los balcones de su casona de la calle Charcas para que el futuro presidente de la República, Roque Sáenz Peña, lanzara desde allí su proclama como candidato: «Y yo enseguida me imaginé la plazoleta y la plaza llenas de gente y al candidato hablando apoyado en ese balcón cuyos fierros formaban un dibujo que recordaba al detalle» (*Mundo*: 210).

Su padre, Francisco José Oliver –de familia de origen catalán–, abogado, profesor universitario, diputado y ministro de Hacienda de Victorino de la Plaza, ejercerá una importante influencia en la personalidad de su hija, como contrapeso de las normas, *verdades establecidas* y prejuicios de su medio. Con una clara visión política sobre las problemáticas del mundo en los tiempos de la *Belle Époque* y de la guerra que se está gestando, sus ideas quedan grabadas en el pensamiento de Oliver, que así descubre, por ejemplo, que las feministas inglesas, «cuyas caricaturas llenaban las páginas de cuanta revista ilustrada había caído en mis manos», no eran los marimachos con que las representaban. Al lado de su padre, las contempla desde un balcón en Londres: «En las filas en que una tras otra marchaban, ocupando enteramente la calzada, las mujeres eran como todas, quizás mejor que todas, porque, fuesen jóvenes o viejas, estuviesen bien o pobremente vestidas, sus caras reflejaban alegría» (ibíd.: 244).

Es él quien desarrolla, ante la escucha atenta de Oliver, la idea de que el atraso del país, a pesar de toda su riqueza, se debe a su condición de colonia en lo económico (*Vida*: 55). Y es también el que cuestiona, burlón, el retrato que la familia Romero transmite de generación en generación sobre San Martín, vinculado por su matrimonio con los Escalada. Con la firmeza que da el prejuicio, el «tío Pepe» era descalificado como «un ordinario», porque «hablaba como gallego». La lección del padre, entre carcajadas, resulta irrefutable: «–Si era hijo de españoles y se educó en España, ¿cómo querría tu pobre Abuela que hablase?» (*Mundo*: 57).

MEMORIAS DE INFANCIA, ADOLESCENCIA Y PRIMERA JUVENTUD

El primer tomo de las memorias se publica en 1965 con el título *Mundo, mi casa*, por demás elocuente y exacto en esta

mujer que no aceptó quedarse confinada en el ambiente *capitonné* al que la destinaba la protección amorosa pero limitante de su familia. El libro se inicia con un recuerdo de sus tres años y concluye al regresar por primera vez de Europa. Un viaje que, más allá del objetivo prioritario de la consulta médica, se convierte en un viaje de iniciación, a partir del descubrimiento de personalidades, de culturas, de ideas, ajenas hasta entonces a su universo. Un viaje donde percibe los ruidos de armamentos que dan la nota discordante en esa *Belle Époque* de hoteles Ritz y modernísimos automóviles –el Renault, el Mercedes– que transportan a la numerosa familia. Escritas medio siglo después de la vivencia, la autobiografía –como algo intrínseco en el género– le da la posibilidad de descubrir, ordenar y orientar nuevos sentidos en los hechos vividos. En el relato, los puntos más destacados del viaje son los que se revelan plenos de sentido a la luz de una biografía: la admiración por las sufragistas, modelos de su futura acción política; el registro de las diferencias sociales entre su madre y las mujeres que se ofrecen como amas de cría, abandonando a sus hijos para cuidar niños ajenos. Dos motivos –la pobreza y la marginación de la mujer– que serán objeto de sus luchas futuras.

Un párrafo de estas memorias es particularmente ejemplificador del procedimiento que crea vasos comunicantes entre presente y pasado de su protagonista. Después de consultar en Berlín a un médico que, con palabras veladas, ha negado toda posibilidad de curación para la enfermita, al volver al hotel ven las calles llenas de militares. El padre, sombrío, presagia una guerra inminente. Oliver interrumpe el relato del episodio con un paréntesis que apunta a sintetizar el sentido de su vida: su compromiso por la Paz:

> (Dos [guerras] mundiales se han producido desde entonces, y aquello que el médico berlinés debió decirle a mamá quitándole toda esperanza de que mi vida pudiera ser la normal y corriente, me ha dado tiempo y cierta capacidad

> para dedicarme a ser una más, entre los miles que se empeñan en impedir una tercera) (ibíd.: 226).[5]

En este tomo de sus memorias reúne Oliver, en orden más o menos cronológico, los recuerdos de sus primeros doce años de vida. La vida de una familia de clase alta, en la gran casona de los Romero frente a la Plaza San Martín, con salones para fiestas, patios para juegos, habitaciones para padres, hijos, abuelos y tíos. Y, por supuesto, para el numeroso personal de servicio, que incluye al chofer, las cocineras, las niñeras, las institutrices, así como las cuidadoras que Oliver necesitará durante toda su vida.

Esa casa es objeto de una extensa crónica donde el periodista Enrique Loncan, bajo el seudónimo *Americus*, describe con hiperbólicos elogios y «en estilo muy anatolefrancesco» –lo califica María Rosa (*Vida*: 106)– al edificio y a la familia Oliver Romero, en ocasión de un baile en la primavera de 1918:

> Entro a la mejor casa de la calle Charcas, noble y hospitalaria casa que se vincula con los recuerdos más gratos de mi juventud [...]. Suntuosa, magnificente y rica, ha perdido esta noche la media luz simpática de las tertulias habituales para lucir en todo su esplendor el sobrio encanto de su austera arquitectura [...] La residencia de la familia Romero tiene en su construcción, en su aspecto y en sus detalles decorativos el cuño inconfundible de la gran edificación que siguió al 80, cuando las líneas eran nobles y rectas como los hombres que las trazaban.
>
> Allí no abruma la magnitud oceánica de los salones, ni el feérico oropel de los Luises de Francia, ni la escalinata monumental que el corazón agita –esas maravillas arquitectónicas del nuevo Buenos Aires, que lo dignifican y lo em-

5. En todos los casos, se respeta la versión original del texto.

> bellecen con justicia ante los ojos de propios y extraños–, mas no es menos encantadora la patriarcal sencillez de las formas antiguas (*Americus*, 1918).

En *La vida cotidiana*, publicado en 1969 (y que valdría la pena reeditar), es posible seguir, aunque en forma fragmentada y con muchas lagunas, sus vivencias en los años de adolescencia y primera juventud. De la adolescencia, se registran las polémicas con la madre, guardiana de un rígido orden moral, según sus tradiciones y creencias. De su juventud, la integración con los círculos de cultura y sociabilidad de su grupo de origen: Amigos del Arte, Teatro Colón, conferencias, *cinematógrafo*, reuniones con amigos en la hospitalaria casa familiar de Charcas 628.

La educación recibida en el hogar de los Oliver resulta mucho más amplia que la que se consideraba suficiente para las jóvenes de su medio social. En esto influyen las ideas del padre; y no es menor el aporte intelectual que provee la notable biblioteca familiar, ese «espacio formador de sensibilidad estética en la niña que de adulta aspirará a lograr una colocación en el campo literario y cultural» (Bertúa, 2012). (Un tópico de las memorias de sus contemporáneas Victoria Ocampo y Delfina Bunge es el descubrimiento del mundo atesorado entre las paredes de esa habitación emblemática).

María Rosa se familiariza con varias lenguas modernas –inglés, francés, alemán, italiano–, lo cual le permite traducir artículos y libros en las distintas publicaciones en que colabora (*Revista Argentina*, *Sur)*, y también ejercer de anfitriona de visitantes europeos, como Le Corbusier y, más adelante, el Conde Ciano, cuya amistad recordará siempre (*Vida*: 224). Estos conocimientos completarán su perfil de candidata idónea para integrar el equipo de asesores latinoamericanos convocados por Rockefeller.

Junto con los idiomas, la formación artística resulta adecuada y recomendable para las jóvenes de estas familias. Oliver estudia pintura, a veces en compañía de Luis Sasla-

vsky y de Silvina Ocampo. Una foto que su amigo Reyes conservó entre las cartas que intercambiaron durante treinta años la muestra sentada, bonita y serena, frente a un caballete, que muestra lo que podría ser su autorretrato.

En sus memorias esta veta artística será recordada con un fuerte espíritu autocrítico.[6] Pero como una deriva de esa atracción por el arte, se dedicará poco más tarde al diseño y montaje de obras teatrales; y será una activa integrante de la Asociación Amigos del Arte, centro de cultura y sociabilidad en los años veinte y treinta en Buenos Aires, bajo la presidencia de Bebé Sansinena de Elizalde. Allí conoce a algunos de sus mejores amigos –Victoria Ocampo, Alfonso Reyes, Luis Saslavsky– y se vincula con personalidades cuyas conferencias atraen al público porteño, sea por su ya reconocido prestigio intelectual (Ortega y Gasset), sea por sus llamativas *performances* (Gómez de la Serna). Saslavsky, futuro director de cine, se atribuye en sus recuerdos haber sido quien presentó en Buenos Aires a Antoine de Saint-Exupéry con la salvadoreña Consuelo Suncín, la futura *Rosa del Principito*. Por su parte, Oliver le escribe a Reyes como parte de los *potins* –chismes– que les divierte compartir:

> He hablado de ustedes con la viudita de Gómez Carrillo, y me ha divertido el modo salvadoreño-d´annunziano como expresa su cariño y admiración hacia usted. La he llamado varias veces a casa, por ser su amiga, y por encontrar en ella cierta época, cierto estilo, nada nuestros pero pintoresco y original... a fuerza de no serlo. Aquí ha encontrado un aviador, le marquis de Saint-Exupéry –escritor en la

6. Sin embargo, su sobrina y compañera de muchos viajes, Teresa Borthagaray, al recordar la producción artística de Oliver, no ha coincidido con esa autodescalificación en las conversaciones que mantuve con ella.

> NRF– y se habla hasta de casamiento pero ella dice que aún todo «está en el aire».[7]

Por estas fechas integra el equipo fundador de la revista *Argentina*, que precede a *Sur* por unos pocos meses. Señala el investigador Martín Greco en su estudio preliminar a la edición digital del Archivo Histórico de Revistas Argentinas (Ahira):

> Entre noviembre de 1930 y agosto de 1931, aparecen en Buenos Aires los tres números de *Argentina, periódico de arte y crítica*. Dirigida por Córdova Iturburu, a quien inicialmente acompañan en la fundación Emilio Pettoruti, María Rosa Oliver y Leonardo Estarico, la publicación constituye un importante eslabón en la cadena de revistas que va desde *Martín Fierro* (1924-1927) hasta *Contra* (1933) y *Nueva Revista* (1934-1935), es decir, en el proceso de integración de la vanguardia estética con la vanguardia política. Pese a su corta existencia, resulta un valioso objeto de estudio en la investigación sobre la prensa cultural (Greco, 2015).

La presencia de Oliver en este equipo inicial aporta otro elemento para tener en cuenta: las redes de relaciones amistosas, culturales, profesionales están también atravesadas muchas veces por las redes de parentesco, en esta sociedad todavía de estrechos límites para la integración de «los de afuera».

Córdova Iturburu estaba casado con Carmen de la Serna –que había sido el último amor de Amado Nervo, en su breve paso como diplomático por la Argentina y Uruguay, en 1919. Ella era amiga de Rita Romero, la madre de María Rosa. Por

7. Carta del 28 de octubre de 1930; en la Capilla Alfonsina. A pesar del escepticismo de Oliver y Reyes frente a esta incipiente pareja, la boda se realiza unos meses más tarde.

su amistad con Alfonso Reyes –que compartía con Nervo la doble filiación de escritor y diplomático– Oliver será quien ponga en contacto a Carmen con el representante de México. Escribe Reyes en su Diario, el 2 de mayo de 1929:

> María Rosa Oliver obtuvo gran triunfo: que Carmen de la Serna (ahora esposa del joven poeta Córdova Iturburu) me confiara el cuadernito de versos y pensamientos íntimos que Amado Nervo, que la amó antes, le consagró en abril de 1919, un mes antes de morir. Con emoción lo veo. Lo voy a copiar para el homenaje del 24 de mayo: a los 10 años de su muerte (1969: 273-274).[8]

Entre otras actividades, Oliver y Córdova Iturburu comparten espacios de publicación: en los escasos tres números de *Argentina* aparecen cinco notas de ella y, poco después, María Rosa lo invita a participar en una original revista que ha analizado Paula Bertúa como parte de su amplia investigación sobre Oliver:

> Entre 1934 y 1947, la escritora colabora en *Corriere del Mare*, una publicación de entretenimiento (de 8 páginas, repartidas en 4 fojas de 44 cm. x 30 cm.), editada en varios idiomas –inglés, francés, español–, que se distribuía en los largos viajes en transatlántico de la compañía Sociedad Italiana de Navegación. Al tiempo que informaba sobre noticias mundiales, el periódico dedicaba un espacio para las novedades del barco y el ocio de los pasajeros. Las intervenciones de Oliver en *Corriere del Mare* representan un caso curioso de corresponsalía. Porque se trata de un trabajo continuado

8. Este cuadernito, que nos facilitó generosamente su hija la arquitecta Carmen Córdova de La Serna, fue publicado en México a partir del proyecto de investigación «Amado Nervo: lecturas de una obra en el tiempo», dirigido por Gustavo Jiménez Aguirre (UNAM, 2010).

> a lo largo de varios años, tal vez el de mayor constancia, si uno lo compara con sus participaciones en otros medios de la prensa cultural (Bertúa, 2013b: 4).[9]

En 1932, en carta desde Merlo,[10] la quinta de verano donde la familia se instala después de la muerte del padre, Oliver le escribe a su amigo Policho (el apodo familiar de Cayetano Córdova Iturburu), pidiéndole artículos para la revista de la compañía italiana, con algunas sugerencias:

> Conviene que el tema no sea demasiado local, porque la revista está dedicada a los turistas. Si se habla de aspectos de Buenos Aires hay que hacerlo de modo comprensible para el extranjero. Pero le doy demasiados detalles, V. se dará cuenta tan bien como yo de lo que se necesita. 35 o 40 pesos no es mucho, pero a todos nos vienen bien en esta época.[11]

El retrato que traza Oliver de sí misma en los años de su primera juventud da cuenta de una gran actividad social, pero con una creciente insatisfacción sobre ese transcurrir amable

9. Con esa fe absoluta en sus propias opiniones que lo caracterizaba, Manuel Gálvez no duda en sus memorias en rotular a la revista y a Oliver: «La moda, por entonces, era ser fascista, en mayor o menor grado. [...] Todo queda dicho con recordar que era fascista –dirigía el periodiquito *Oltremare*, archifascista– María Rosa Oliver, hoy adepta al comunismo» (Gálvez, 2003: 166).

10. Merlo, partido de la Provincia de Buenos Aires, a unos 35 km del centro de la Capital; y no la ciudad de la provincia de San Luis, como afirma (entre otros errores) Roger Tinnell (2012), en su nota sobre Lorca, Victoria Ocampo y Oliver.

11. Carta manuscrita del 21 de junio de 1932; en el Archivo de Córdova Iturburu, CeDInCI. (Para sumar a estas redes donde las cercanías no se basan solo en la sangre, sino en las ideas compartidas: Córdova Iturburu, miembro del PC, periodista en el frente republicano durante la Guerra Civil, es tío de Ernesto Guevara de la Serna).

en un mundo que va percibiendo plagado de amenazas. Amenazas que se concretan, por empezar, en el acontecimiento que marca un punto de inflexión: «En julio de 1936 estalló la guerra civil en España. Supe enseguida qué lado era el mío y por ese lado proseguí el camino» (*Vida*: 364). Así concluye el segundo volumen de sus memorias.

LAS LÍNEAS DE UNA VIDA

Los recuerdos evocados treinta años después, como en este caso, pueden correr el riesgo de simplificar o pasar por alto lo que ha tenido de más rico y complejo el devenir de *la vida cotidiana*. Desde nuestra lectura contemporánea, podemos cruzar sus recuerdos con otros testimonios que muestran una actividad que parece incansable, como su protagonista; y en la cual es posible ir siguiendo ciertas líneas que trazan el perfil de esta mujer, con una coherencia que se sostiene a lo largo de los años, en un siglo y un mundo que no dan respiro.

Entre esas líneas troncales que vertebran su vida, privada y pública, renovándose siempre en sus contenidos y objetivos, nos interesa destacar seis ejes.

Primero, *en el mundo de las letras*: la escritura, desde el diario que confiesa haber llevado en su primer viaje a Europa hasta sus memorias «de singular relieve dado su papel en la vida intelectual argentina» (Catelli, 2007: 190). En este primer período, se trata de una escritura miscelánea, dispersa, dedicada antes a difundir, traducir, incentivar la palabra de los demás que a hacer escuchar la suya.

Segundo, *en el mundo de la edición*: a su lugar en la fundación de *Sur* –la revista y la editorial– se suman la revista *Argentina*, el *Corriere del Mare*, *Saber Vivir* –relacionada con la Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles– y *Conducta*, órgano oficial del Teatro del Pueblo.

Tercero, *en el campo de las artes*: además de su dedicación a la pintura, destaca su interés por los movimientos arquitec-

tónicos, como se observa en su artículo «Apuntes sobre arquitectura» (revista *Argentina*, nº 2, junio de 1931), así como en otras notas sobre artes plásticas y sobre escenografías publicadas en *Sur*. Una de las facetas hoy menos conocidas de Oliver es la creación, junto a la artista plástica Mane Bernardo, de un teatro experimental, la Agrupación Teatral *La Cortina* (1937-1942). Según la investigadora María Fukelman, si bien *La Cortina* «se convirtió en una de las expresiones más reconocidas del teatro independiente en los años cuarenta, no ha sido suficientemente trabajada por la crítica especializada» (2018: 322). Una breve reseña en *Conducta* aplaudía el estreno de «la excelente pieza de Eugenio O'Neill, *Indiferente*,

> como otro triunfo del teatro independiente, pues la tenacidad puesta en juego por los dirigentes de La Cortina [Mane Bernardo y María Rosa Oliver] ha dado por resultado un extraordinario repertorio y una compañía que lo sostiene, definitivamente incorporada a las actividades artísticas de la ciudad (*Conducta*, nº 20, mayo-junio de 1942).

A pesar de estos auspicios, el estreno de O'Neill fue el último que realizaron en colaboración. En su biografía de Oliver, Hebe Clementi aporta esta información:

> He tenido ocasión de oírle contar que ella [se refiere a Mane Bernardo] tuvo la idea de pedirle a María Rosa Oliver que ayudara en la empresa de producir teatro uniendo voluntades. Ella [se refiere a Oliver] adhirió con gran entusiasmo, traduciendo obras, participando en la dirección, opinando sobre todo con acierto y cordialidad, con buen humor y agudeza. La colaboración se cortó cuando viajó a los Estados Unidos (Clementi, 1992: 109).

Cuarto, *en la causa de la mujer*: desde el temprano descubrimiento de que las sufragistas no eran los marimachos de las caricaturas, sino mujeres alegres, fuertes y resueltas, ese

modelo femenino y la defensa de sus derechos representan un eje en la trayectoria de Oliver. En 1936, participa en instituciones como la Unión Argentina de Mujeres (UAM), que preside Victoria Ocampo, en los años en que los gobiernos conservadores de los treinta amenazaban recortar los derechos conquistados:

> Bajo el nombre de «Unión Argentina de Mujeres» nos habíamos ido constituyendo en grupo las decididas a impedir que en el proyecto de reforma al Código Civil se agregara una cláusula mediante la cual la mujer casada no podría aceptar ningún trabajo ni ejercer profesión alguna sin previa autorización legal del marido (*Vida*: 348).

Será ella la designada por sus compañeras de la UAM para despedir a Alfonsina Storni, con palabras que mucho dicen de sí misma:

> Otros han dicho sus luchas, han ensalzado su alma apasionada o elogiado su talento poético. Nosotras quisiéramos exaltar su valentía. [...] Ella nunca se quejó, nunca dijo que es muy difícil, y a veces muy heroico, ser «toda una mujer». [...] La imagino pequeña y erguida, con su melena de plata agitada por el viento, frente a frente con el Atlántico gris [...] Pienso que esa, su última decisión, no le fue quizá la más difícil de tomar. Pienso que aquella, su valentía postrera, tal vez pudo parecerle dulce. Cuando se ha cumplido con la vida, cuando se ha creado belleza, cuando se deja un ejemplo, ir a la muerte ha de ser como entregarse al sueño después de una jornada fecunda de trabajo (Oliver, 1938b).

Quinto, *en la participación política*: en esos años, Oliver no tiene una filiación definida, aunque se interesa por los movimientos que *han conmovido al mundo* y por las teorías marxistas que les dan sustento. Así, comienza un curso que en casa de unos amigos del Partido Comunista (PC) dicta a poco

de regresar de la Unión Soviética (1926) Rodolfo Puiggrós, con quien comparte convicciones y también un pensamiento crítico sobre las tensiones entre las teorías y las prácticas políticas (*Vida*: 316 y ss.).

Está atenta al pulso de los acontecimientos que, en el ámbito nacional, instalan la primera dictadura militar del siglo XX. A comienzos de 1932, le confía a Reyes, por entonces embajador en el Brasil:

> Buenos Aires no está agradable, la crisis y la política lo hacen más plomizo de lo que es. La política tan mal llevada. La mentalidad (si así puede llamársela) Jockey Club trata, y consigue, infiltrarse de nuevo en el rumbo del país. No sé cómo se arreglarán las cosas, pero a esta infiltración le tengo miedo. Estoy leyendo la vida de Trotzki [*sic*], y, al comparar, es desolador pensar en los que aquí se creen hombres de Estado. Un consuelo: el pueblo, en las ciudades ya vota con inteligencia –ya los del Jockey Club no pueden burlarlo, como hacen con los provincianos. Oyera Vd. ciertas opiniones «conservadoras»: al oírlas me siento enrojecer, que eso exista aún!... y voy cada vez más hacia la izquierda.[12]

Cuando las amenazas del avance de las derechas que se ciernen sobre Europa se concretan en el Golpe de Franco contra la República española, Oliver apoya decididamente a los leales, por más que la campaña de conservadores y jerarquía católica condenen a los «rojos» y su causa. Forma parte de las asociaciones de ayuda a la República, primero, y, después de la derrota, al exilio español que se radica en Buenos Aires. Entre ellos, los que serán sus grandes amigos, María Teresa León y Rafael Alberti. Es la primera vez en el siglo XX que un hecho político marca una línea que

12. Carta del 15 de enero de 1932; en la Capilla Alfonsina.

enfrenta tan drásticamente a quienes eran amables contertulios en Amigos del Arte, el Teatro Colón y las conferencias de Ortega y Gasset.

Más unidos estarán, en cambio, por la causa de los Aliados, donde, entre otras instituciones, se destaca la Junta de la Victoria:

> una agrupación exclusivamente de mujeres [que] para 1943 había movilizado a 45.000 mujeres en todo el país; una agrupación multipartidaria con un núcleo especialmente activo de ex militantes de la Unión Argentina de Mujeres y también de grupos confesionales católicos y judíos (Valobra, 2008: 16).

Finalmente, un rasgo que va a quedar grabado en la memoria de sus infinitas relaciones: *su don para la amistad*. En el archivo de Princeton, donde se conservan muchas de sus cartas, el listado de corresponsales revela su capacidad para vincularse con personas tan disímiles como Vinicius de Moraes y Alfredo Palacios; Raimundo Ongaro y Galeazzo Ciano; Gabriela Mistral y Simone de Beauvoir; Arturo Paoli y Jacques Maritain, y siguen las firmas. Afectuosa, irónica, crítica, divertida, en sus cartas nos ofrece un perfil más directo, más de primera mano, que en las memorias, tamizadas por la distancia del tiempo y la reflexión posterior.

En algunos casos, se trata de unas pocas cartas, sobre temas coyunturales. En otros casos, la correspondencia se intercambia a lo largo de muchos años y solo se interrumpe con la muerte: con Alfonso Reyes, de 1930 a 1956; con Eugenio Guasta, de 1960 a 1977; con Victoria Ocampo, de 1930 a 1977.

Oliver se brinda generosamente, sea para ofrecer trabajos literarios, en los espacios editoriales donde hace valer su influencia, sea para recomendar a un artista o un viajero que llega a Buenos Aires, para hacer de mediadora entre amigos y conocidos, para ofrecer la hospitalidad de su casa en Buenos Aires, o, más adelante, en Las Toninas, para conseguir apoyo

para los exiliados republicanos, como en el caso de la pintora Maruja Mallo, por quien intercede ante Reyes:

> Y ahora esto que se me ha ocurrido, y que Vd. verá si es factible: Maruja Mallo está muy preocupada pues con la llegada de[l embajador español] Ossorio y Gallardo, a quien no conoce, tendrá que dejar su alojamiento en la Embajada, y esto le crea una situación económica sin solución, – esto pensé: si a Vd. le sería posible hablarle a Ossorio y Gallardo (a su paso por el Brasil) de Maruja, y decirle, al pasar, lo vinculada que está ella a los grupos intelectuales de Buenos Aires. Quizá entonces a Ossorio se le ocurrirá dejarla de «attaché» en la Embajada. Todo esto es idea mía; Maruja no sabe nada de este pedido; sabe únicamente que estoy muy preocupada con su situación.[13]

La fotógrafa Gisèle Freund vivió varios años en la Argentina, adonde llegó durante la guerra por invitación de Victoria Ocampo. En una entrevista realizada en su casa de París muchos años más tarde recuerda a María Rosa:

> –¿Cómo vino a este país? –le pregunta Odile Baron Supervielle.
> –Conocí a Victoria Ocampo en los años treinta en los medios literarios de París. [...] Yo llegué [a la Argentina] en 1941. Victoria me instaló en su casa de Rufino de Elizalde, y ella vivía en San Isidro. Luego, como Victoria era autoritaria y yo tenía mal carácter, nos distanciamos. Fue Rosita Oliver, mujer extraordinaria, tan comprensiva y tan abierta, quien nos reconcilió.[14]

13. Carta del 12 de julio de 1938; en Capilla Alfonsina.

14. «Con Gisèle Freund». Entrevista de Odile Baron Supervielle, *La Nación*, Sección Letras y Artes, 21 de noviembre de 1982.

Al cerrar esta etapa que precede a su viaje a Estados Unidos, podemos pensarla en el corazón de ese Buenos Aires al que está arraigada desde varias generaciones atrás por lazos familiares que la vinculan a sectores de la élite económica, política, cultural. Una sociedad que ofrece una entusiasta recepción a intelectuales y artistas extranjeros, con deslumbramientos más o menos fugaces frente a ciertas figuras, por lo general europeas. Una época en que pueden confluir gentes de historias e ideologías muy variadas, como se refleja en las listas de asistentes a los banquetes de rigor o en el auge de las conferencias de esas mismas figuras, convertidas en acontecimientos sociales.[15]

La Guerra de España va a crear abismos que los viejos afectos no siempre podrán volver a anudar. El peronismo será aún más radicalmente insalvable, como Oliver va a experimentar un poco más adelante, al regresar de su primer viaje a Estados Unidos. Su experiencia en el año y medio que pasó allí, como asesora y representante de las políticas de Buena Vecindad para América Latina, es la materia del pequeño libro que aquí nos ocupa. Y que a su vez se reescribe en otro libro: el último tomo de sus memorias, *Mi fe es el hombre*, ofrece el revés de la trama de lo que se expone en *América vista por una mujer argentina* con una fe que, adelantamos, pronto empezará a mostrar vacilaciones, cuestionamientos, distancias.

15. Desde los años del Centenario se sucedieron en Buenos Aires estos homenajes a celebridades de la cultura que llegaban hasta estas lejanas orilla (cfr. Giaccio, 2025).

América vista por una mujer argentina

Al promediar la Guerra (1941-1942), la victoria parece estar repartida por igual entre las fuerzas de los Aliados y las del Eje. Las batallas se empeñan y se dirimen no solo en el campo de lo militar sino en el plano de la economía, la diplomacia, las alianzas políticas, las agrupaciones de intelectuales y la prensa, como herramienta decisiva. Un espacio especialmente atendido es el de la cultura. Lo que hoy se llamaría *la batalla cultural* tiene sus ideólogos, sus asesores, sus medios de comunicación. La radio, que a partir de los años veinte ha alcanzado difusión masiva, es un instrumento fundamental, como ha estudiado ampliamente Gisela Cramer (2016) en sus trabajos sobre la geopolítica de la radiodifusión. Uno de los objetivos de esa política cultural es «construir una imagen positiva de la cultura y la civilización norteamericana dirigida a la población de los países de América Latina, además de clausurar espacios propagandísticos a los países del Eje, en especial a Alemania» (Bertúa, 2013b: 24).

Para esa tarea se ponen en práctica distintos medios dirigidos a los grandes públicos: en especial el cine, desde Walt Disney[1] hasta los *western* que, como destaca Oliver, fami-

1. «Disney y un grupo de reconocidos dibujantes participaron de un viaje por Latinoamérica en 1941, contratados por el Departamento de Estado norteamericano, el cual costeó la producción de la película

liarizaron al espectador latinoamericano con paisajes y costumbres norteamericanas –cosa que no ocurría en sentido inverso–, y las revistas de difusión masiva: la versión en castellano de *Selecciones del Reader's Digest* (fundada en 1922) aparece en 1940, coincidiendo, no casualmente, con la creación de la oficina de Asuntos Iberoamericanos.[2]

Mónica Glik (2015) investiga en su documentada tesis *El hogar de la victoria: la promesa del* american way of life *para América Latina* el papel de la revista en la difusión de los modelos de vida norteamericanos, apuntando a un lector de clase media al que se ofrece un horizonte aspiracional basado en la modernidad.

El concepto de panamericanismo, arraigado desde varias décadas atrás, cuenta entre sus fundadores al diplomático Leo Rowe, viejo conocido de Oliver por su amistad con su abuelo Juan J. Romero, y al que ella define como «un hombre que ha dedicado toda su vida a ayudar a los demás; [...] a hacer todo lo posible para que la gente de las tres Américas se entienda. [...] Ágil, incansable, cordial y generoso, Leo Rowe es sin duda el *pioner* del interamericanismo» (A: 42). Pero en tiempos de *guerra a muerte* hacen falta nuevos instrumentos para vincular los países que conforman «las Américas».

En 1940, señala el historiador Carlos Marichal, por recomendación de Rockefeller, subsecretario del Departamento de Estado,

---

resultante, *Saludos amigos*. [...] Por encargo de la Oficina Interamericana, Disney realizó una gira por Latinoamérica, buscando ideas para la creación de personajes portadores de los ideales panamericanistas» (Glik, 2015: 133).

2. «El lanzamiento de las ediciones latinoamericanas de la revista fue una idea negociada entre el *Reader's Digest* y la Office of the Coordinator of Interamerican Affairs (OCIAA), una agencia vinculada al Departamento de Estado norteamericano» (ibíd.: 92).

> el gobierno de Estados Unidos adoptó [...] una nueva estrategia de vinculación con países vecinos del sur. [...] Estados Unidos no entró en guerra sino hasta diciembre de 1941, con el ataque de Pearl Harbor, pero ya desde 1940 las autoridades en Washington DC estaban muy preocupadas por el avance nazi en América Latina (Marichal, 2016: 1.497).

La Oficina de Asuntos Interamericanos, a partir de 1940 y hasta su disolución en 1946, tenía como objetivo

> contribuir a la propaganda de una guerra a muerte; ayudar a convencer a las clases medias latinoamericanas de las virtudes de la vida estadounidense para reforzar las alianzas político-militares; utilizar el cine, el teatro, la prensa y diversas publicaciones para transmitir una visión favorable de la lucha de los aliados y del *American way of life* (ibíd.: 1.499).

Entre 1940 y 1946, concluye Marichal, esa *curiosa organización* que fue la Office of Interamerican Affairs (OIIA) fue muy sistemática «al utilizar los vehículos culturales del cine, el teatro, la prensa y la radio como herramientas de una diplomacia de guerra en América Latina» (ibíd.: 1.501).

Para difundir los valores de esta política por toda América Latina, el Departamento de Estado selecciona una serie de personalidades que por sus convicciones antifascistas, su capacidad de trabajo y su influencia en sus respectivos ámbitos hacen esperar los mejores resultados. En esta selección son convocados numerosos argentinos; entre las figuras invitadas a este programa o similares se encuentran Victoria Ocampo, Luis Saslasvky, Héctor Basaldúa, Horacio Butler, Emilio Pettorutti, Ezequiel Martínez Estrada, Sebastián Soler. Oliver integra el equipo de Rockefeller, que cumple, dice, «la dificilísima tarea de coordinar los esfuerzos que se realizan en toda América para que este continente progrese, sea rico, sea feliz y viva en paz» (A: 42).

Esta mujer «probadamente antifascista»,[3] culta, independiente, con autonomía económica, con una amplia y plural red de contactos, es invitada a integrar el grupo de latinoamericanos cuya misión será difundir las políticas de Buena Vecindad que el gobierno de Roosevelt lleva adelante. Con este fin, Oliver emprende el viaje en julio de 1942 para regresar un año y medio después a Buenos Aires; y vuelve a partir por unos pocos meses en 1946, para desarrollar algunas actividades finales. Entre los dos viajes, en 1945, como parte de las estrategias de comunicación de esa política, tiene a su cargo un programa radial cuyo título, *América vista por una mujer argentina*, estaba en la mente de María Rosa desde un tiempo atrás. Desde Estados Unidos, en mayo de 1944, le escribía a Reyes anunciándole su visita en el viaje de regreso a Buenos Aires, y proponiéndole que le organizara un par de conferencias en México:

> Desde que estuvimos juntos por última vez he visto bastantes tierras y gentes de América. Tengo un cúmulo de impresiones nuevas que me gustaría comunicar, por eso le agradecería muchísimo si usted pudiera decirme dónde y ante qué grupos podría yo hablar en México. Mi mensaje de solidaridad interamericana creo que por ser dicho por una argentina podría resultar eficaz. Antes de volver a mi país, donde seguramente tendré que guardar silencio, quiero decirles a otros «compatriotas» americanos lo que de esta América, en esta hora, pienso.[4]

Días después concreta su propuesta:

3. *A proved antifascist*, la califica el diplomático boliviano Enrique Sánchez de Lozada, al anticiparle la invitación de la Oficina de Asuntos Iberoamericanos.

4. Carta del 11 de mayo, fechada en Claremont College; en Capilla Alfonsina.

> En cuanto a las conferencias, si posible, me gustaría dar dos. Una como la que di aquí bajo el título «The Americas as seen by an Argentine» y donde refiero impresiones y experiencias de viaje; otra sobre el modo de llegar a un entendimiento interamericano. Sé que los temas no son muy originales pero creo que hay cosas necesarias de comunicar y las trataré a través de mi experiencia personal en esa materia. Espero nada tendrán en común con los discursos, oficiales o no, de banquetes, asambleas y congresos.[5]

EL LIBRO Y SU CONTEXTO

María Rosa Oliver regresa a Buenos Aires en los últimos meses de 1944. Su misión a favor del buen entendimiento entre Estados Unidos y América Latina contempla una serie de actividades para desarrollar en su propio país. A partir de julio de 1945, durante un par de meses ofrece una serie de charlas radiales, que de inmediato van a ser reunidas en un breve libro de 84 páginas, *América vista por una mujer argentina*. También es breve el tiempo destinado a cada programa: apenas quince minutos. La consigna es entretener, informar, siempre con un tono ameno, lejos de toda solemnidad, mostrando variados aspectos de la vida en Estados Unidos en tiempo de guerra.[6]

El volumen «se terminó de imprimir en Buenos Aires, el día cinco de octubre de 1945, en los Talleres Gráficos de J. Hays Bell, Brandsen y Gaboto», según reza el colofón en prolijas versalitas. No hay mención del número de ejemplares.

5. Carta del 6 de junio.

6. Hasta la fecha, a pesar de todas nuestras búsquedas, no hemos logrado descubrir cuál fue la radio que ofreció su espacio en el éter para estas charlas sobre «América»; habría que pensar en alguna de las emisoras afines a la causa de los Aliados y, más precisamente, a las iniciativas de Estados Unidos en sus políticas de Buena Vecindad.

La portada, en letras azules, trae un retrato a lápiz de Oliver, en leve color café, con la firma casi imperceptible de Antonio Berni. Es un dibujo de medio cuerpo, donde la mujer observa al lector con una mirada interrogante; la mano en la mejilla acentúa la imagen pensativa. Vestida de traje sastre, con una sobria blusa de cuadros, tiene delante de sí un libro abierto. El dibujo ofrece una exacta representación de la autora, destacando la faceta que se quiere subrayar: una mujer segura de sí, ilustrada, reflexiva, austera; una docente, antes que una militante. El pelo corto, muy abundante, con grandes ondas, será siempre una de sus características; así la retrata veinte años más tarde Hermenegildo Sabat para la revista *Primera Plana* (1967).

Retrato de María Rosa Oliver, por Antonio Berni

Fuente: *América vista por una mujer argentina* (1945)

Las páginas iniciales nos plantean algunas preguntas. En primer lugar, junto al logo correspondiente, se señala que esa es «la Primera publicación de difusión cultural editada por MEDIAS PARÍS». Pero el *copyright* pertenece a Salzmann y Cia, calle San Antonio 741, Buenos Aires.

En la portadilla interior se suman, a la autora y al título, la «Presentación» por Alejandro E. [Enrique] Shaw, presidente de la Comisión Argentina de Fomento Interamericano; y para concluir, las «Palabras finales» por Juan Jorge Salzmann. Los dibujos y viñetas que abren y cierran los breves capítulos son de Berni.

Del conjunto del paratexto –y es la razón de tanto detalle– se desprenden varias curiosidades. En primer lugar, la actividad cultural de las Medias París. No sabemos si esta primera publicación fue seguida por otras; pero cabe asociar a la empresa textil con su sostenido auspicio a la revista *Sur*, que tiene a Oliver entre sus pilares en la tarea editorial.

En segundo lugar, el prólogo del empresario Shaw, que se presenta desde su lugar como presidente de la Comisión Argentina de Fomento Interamericano, justamente vinculada con el viaje, las charlas radiales y la publicación de *América*... Como Oliver, Shaw ha sido invitado a los Estados Unidos durante la campaña de Buena Vecindad y comparte, dice, sus «observaciones penetrantes a la vez que amenas» que contribuirán a un mejor conocimiento entre los pueblos del Norte y del Sur y a un mayor respeto mutuo. Porque

> relatos como éste obran a la manera de puertas que al abrirse permiten que ambientes separados, se uniformen y lo mismo que las temperaturas al sumarse se confunden e igualan, los espíritus en estrecho contacto se hermanan y se comprenden (A: 12).

Las palabras finales, igualmente auspiciosas, son de Juan Jorge Salzmann, en su doble función como académico –un par de años antes había defendido en la Universidad de Buenos Aires su tesis *Economía de guerra*– e integrante de Salzmann y Cia, responsable de la edición del libro:

> La gran República del Norte es actualmente el centro de nuestro mundo occidental. Centro cultural [...], centro eco-

> nómico [...], centro de la defensa de la democracia [...]. La República Argentina observa con entusiasmo el gran progreso de la hermana del Norte, y en su magnífico ejemplo ve posibilidades ilimitadas para su propio desarrollo (ibíd.: 77).

Estos elementos que enmarcan las palabras de la autora nos ubican en el contexto político en que se publican sus charlas radiales, ofreciendo su perspectiva sobre lo visto y vivido en lo que Salzmann llama «la hermana del Norte». Hay una red de afinidades, filiaciones, contactos, apoyos económicos, que se ponen en práctica para llevar adelante la empresa de entendimiento, colaboración y buena vecindad que Estados Unidos requiere de América Latina; con mayor urgencia en el caso de Argentina, cuyas políticas de neutralidad Washington interpreta como apoyo al Eje. En sus memorias, el entonces embajador británico, Sir David Kelly, transcribe la opinión del secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull –con quien por cierto no coincide–: «La Argentina, bajo el control de un gobierno fascista y fuera de la ley, es el refugio y el cuartel general en este hemisferio del movimiento "fascista"» (Kelly, 1962: 54).

Se trata, entonces, de un libro político: por su origen, por sus contenidos, por sus objetivos, por sus auspiciantes. Pero este pequeño volumen, el segundo en la producción de Oliver, es, también, mucho más que eso.

Pocos libros tan fechados como este. Se trata, ya dijimos, de una obra por encargo; destinada a crear acercamientos, confianzas, afectos, con la gente de un continente más habituado a la diplomacia del garrote. Libro de viajes y libro político, entonces. (Pero, ¿acaso no lo son de algún modo todos los relatos de viaje?).

El texto nos propone un ejercicio de lectura: pensarnos en aquel invierno porteño de 1945 donde la voz de una mujer, conocida por su defensa de los derechos civiles y políticos de las mujeres, narra su viaje y su estancia en unos Estados Unidos donde la vida adopta nuevas modalidades *for*

the duration, como le repiten a Oliver ante cada dificultad o carencia; pero donde esas dificultades, esas restricciones, son asumidas como una etapa y una prueba necesarias para llegar a un futuro mejor y cercano, que será compartido con el resto de América.

El contexto ya permite confiar en una victoria completa de los Aliados. Como señala la autora, a modo de recordatorio para sus oyentes, Europa ha sido liberada y se está organizando un nuevo mundo libre, con acuerdos e instituciones que van a guiar durante décadas a la mayor parte de Occidente: las actas de Chapultepec (marzo 1945), que ratifican la Doctrina Monroe, y las de San Francisco (abril-junio 1945), que dan lugar a la creación de las Naciones Unidas. Oliver atribuye gran parte de esas iniciativas al presidente Roosevelt, fallecido pocos meses atrás: «Hubo un hombre cuyas palabras de confraternidad fueron respaldadas por la acción. Acción que acaba de culminar en las Actas de Chapultepec y de San Francisco» (A: 13-14).

La publicación del libro se realiza muy poco tiempo después de las charlas radiales: el colofón nos remite al 5 de octubre de 1945, en una imprenta de la Boca.

El título *América vista por una mujer argentina* es a la vez engañoso y fiel al contenido. Aunque puede crear la expectativa de ser un libro de viajes por América, en el recorrido hacia el Norte del continente Oliver se detiene solo en Brasil –una larga estadía de seis semanas entre San Pablo y Río de Janeiro, muy productiva para su red de nexos culturales–, y después se limita a someras menciones de las escalas del trayecto en avión, obligado a volar siempre en horas de luz: Haití, Santo Domingo, Puerto Rico, Cuba. Solo tres capítulos («El avión», «Brasil», «El trópico») se dedican a esta parte del viaje. Para la estancia en Estados Unidos son los siete restantes; algo entendible dado el objetivo de su misión. Pero, a partir de este viaje, Oliver sostendrá la necesidad de conocer más América, frente a la tradición de las clases medias y altas argentinas de mirar hacia Europa.

El título, en cambio, sí es absolutamente fiel en el énfasis en el punto de vista. En su introducción, Shaw afirma que «como hombre, [le] ha sido particularmente interesante ver lo que María Rosa tenía que decir como mujer [...] Quienes no hayan tenido el placer de escucharla, relatando por radio las impresiones de su viaje a los EEUU, tienen ahora la oportunidad de leerla» (A: 10). Pero, dejando de lado los condescendientes elogios a «las observaciones penetrantes a la vez que amenas» de la autora, lo cierto es que el punto desde el que ella observa, narra, reflexiona, propone, corresponde al eje que atraviesa toda su vida: el lugar de la mujer, sus luchas y sus esperanzas. Y junto con su mirada, resalta su oído: abierto a los acentos, a las inflexiones del habla de los colegas latinoamericanos, al humor que tiene matices distintos y códigos diferentes, al tono discreto de sus alumnas cuando quieren hacer alguna pregunta más «inconveniente».

EN VIAJE

«Esta primera charla cae entre dos aniversarios patrios, pero no les haré un discurso», comienza María Rosa, marcando el registro coloquial que propone para su programa. El paralelismo en el título del primer capítulo, «4 de julio de 1776-9 de julio de 1816», subraya desde el comienzo la voluntad de mostrar los puntos de contacto entre los dos países. Así es como presenta sus recuerdos de «un 4 de julio pasado en los Estados Unidos, y al fondo que dan a ese recuerdo muchos 9 de julio pasados en mi tierra». Aunque faltan casi veinte años para que inicie la publicación de sus memorias, es posible ya registrar algunos esbozos en estos escritos.

El primer capítulo saltea el orden cronológico del viaje para ofrecer una síntesis de su experiencia en Estados Unidos. Concluye con un homenaje a los jóvenes de veinte años «que marchan a cumplir con su deber» y terminar con la guerra:

> Desde el 4 de Julio, que pasé hace un año en la Universidad de Claremont, ha sucedido mucho: se ha obtenido la victoria en Europa; el hombre que llevó a la acción la fraternidad americana fue elegido por cuarta vez presidente; hizo viajes penosos para establecer las bases de un mundo mejor, luego murió. Pero esas bases acaban de ser asentadas como el Presidente Roosevelt lo quiso, *sabiendo que todos los pueblos del mundo tienen derecho a la seguridad y a la felicidad* (A: 18; el destacado es mío).

Una síntesis esperanzada para un futuro que se ve cercano. Pero algo nos resuena discordante por ausencia: entre el transcurso de esas charlas y su versión en libro, entre julio y octubre de 1945, está Hiroshima y está Nagasaki.

A partir del capítulo II, «El avión», Oliver presenta sus «impresiones de viaje por distintos países de América, como lo haría en rueda de amigos» (ibíd.: 19). Muchos años más tarde, en el último volumen de sus memorias (*Mi fe es el hombre*) desarrollará con mayor detalle y mayor profundidad el trayecto y las experiencias vividas. Pero estas charlas radiales tienen la calidad de las primeras vivencias, las primeras impresiones y sus ideas en esos años del final de la guerra.

Oliver se maneja con soltura en los campos que le demanda su misión, ya sea como conferencista, como locutora radial o como autora de textos periodísticos. Como conferencista, tiene la experiencia de sus charlas en Amigos del Arte, en Buenos Aires; las que da ante diversos públicos en Estados Unidos, por encargo de la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos (OIAA); y, en su viaje de regreso, las que dicta en México, gracias a los buenos oficios de Alfonso Reyes.[7] Como locutora radial, se había

7. Su conferencia en agosto de 1944 en el recién creado Colmex (El Colegio de México), dirigido por Reyes, reunió una notable lista de invita-

fogueado años atrás en Buenos Aires con un contrato «en la flamante Radio Stentor, con una serie de audiciones para la mujer» (*Vida*: 297); en Estados Unidos participa en programas diseñados por la OIAA, compartiendo el micrófono con Gustavo Durán, ex oficial republicano y musicólogo, a quien volverá a encontrar en Buenos Aires. Y, por último, tiene una amplia experiencia en la escritura a través de sus colaboraciones en publicaciones de diverso tipo y destinatario. Pero, sobre todo, por su afinidad con el tono y el estilo, estas charlas están cerca de sus colaboraciones para la revista *Corriere del Mare* (Bertúa, 2013b).

Del viaje iniciado en julio de 1942, primero en tren desde Retiro, después en barco, y nuevamente en tren hasta Río de Janeiro, Oliver solo se detiene a contar el trayecto en avión que inicia desde Brasil: una experiencia tanto más novedosa para su público cuanto que los vuelos civiles apenas se estaban iniciando en esos años, más allá de las rutas aéreas para los correos, como las que había inaugurado Saint-Exupéry para la empresa Aéropostale, o las que un periódico innovador como *Crítica* había destinado a sus cronistas de la Guerra del Chaco.[8]

Al medir las ventajas y desventajas de un viaje en avión –según dice, más monótono que un viaje en tren o en barco–, señala que, «tratándose de América, continente inmenso, despoblado, erizado de cordilleras y cubierto en grandes trechos de selva virgen, el avión es insustituible» (A: 19-20); y augura: «Estoy convencida de que dentro de veinte años todo viaje un poco largo se hará por avión».

---

dos, entre juristas, políticos, filósofos, escritores, historiadores mexicanos y latinoamericanos: Mario de la Cueva, Leopoldo Zea, José Gaos, Agustín Yáñez, Adalberto Ortiz, José Luis Martínez, entre otros. Y una mujer, Sol Arguedas.

8. Cfr. el estudio y la recopilación de las crónicas de Raúl González Tuñón realizado por Geraldine Rogers (2020).

Ella no pertenece a la especie de gente que «todavía le tiene miedo al avión: si vuelan sobre el mar se imaginan muriendo ahogados; si sobre la selva, se ven perdidos en ella, muriéndose de hambre o apagando el de los caníbales» (ibíd.: 22).

Dejando de lado sus «divagaciones» filosóficas y literarias, ocupa esta charla aportando consejos para el viaje, muchos de los cuales no han perdido actualidad, como la necesidad de leer cuidadosamente «todas las instrucciones escritas en las visaciones, los pasaportes y los permisos de estadía y de salida», o de llevar el equipaje lo más ligero posible, o la calificación de *insípida* para toda la comida del avión. ¿Cuántas de sus lectoras tienen ya en su horizonte este tipo de viaje?[9] En todo caso, habría que pensar que su nivel económico les permite situarlo entre sus posibilidades más o menos accesibles.

El capítulo III está dedicado a Brasil. Si bien es breve –de acuerdo con el tiempo destinado a la charla radial–, es posible cruzar sus referencias con pasajes de sus memorias y con artículos y cartas que nacen a partir de esta experiencia que la deslumbra. En su estadía de casi dos meses, entre San Pablo y Río, suma sorpresas, admiraciones, amistades. El asombro nace, en primer lugar, del poco conocimiento que, dice, tienen los argentinos sobre este país tan cercano, en contraste con lo que se sabe de Europa. Pocos meses antes de estas charlas, en noviembre de 1944, lo anticipaba en un artículo en el *Correo literario*, «Viajar por América»:

> Íbamos a Europa atraídos por un canto familiar de sirena solo para gozar lo que veíamos; salimos al resto de la América ignorada y nos topamos con nuestra conciencia, porque en ninguna parte como en América doblan o

9. Vale recordar que no mucho tiempo después, en 1947, el viaje de Eva Perón a Europa se realiza en avión.

> repican las campanas para uno solo. Imposible sentirse de América sin ser interamericano. ¿Sabemos acaso los argentinos –y especialmente los porteños– que desconocemos las otras tierras de América, realmente lo que somos? No lo sabemos, no podemos saberlo, y a esta ignorancia le debemos la excesiva complacencia o el exagerado pesimismo respecto a lo que el país es y a lo que en él sucede (Oliver, 1944).

Al desconocimiento se suman los estereotipos, con imágenes que llegan desde Hollywood («Carmen Miranda y sus recargados turbantes», A: 27). Estereotipos a los que no deja de adherir Berni en sus viñetas: el capítulo se cierra con el dibujo de una mulata más o menos sensual.

Oliver augura una mayor cercanía en la medida en que los medios de comunicación –aviones, barcos, automóviles– se pongan en marcha para unir a estos dos países, tan desconocidos entre sí; y basa la razón de esa distancia en un factor cultural: así como un paisaje geográficamente mucho más lejano, como el del *Far West*, es bien conocido por todo espectador de cultura mediana en la Argentina, en lo que se refiere al Brasil «no hemos tenido libros que hablaran de esta tierra, ni cine que nos la mostrara» (ibíd.: 31).

Es optimista también respecto a un punto que a lo largo de este viaje va a concentrar su mirada: «En esta tierra de perfecta fusión racial todo es posible. A mi parecer, el Brasil es la tierra que más sorpresas puede dar al mundo. Sus posibilidades son ilimitadas» (ibíd.).

Más allá de su admiración por ese país admirable, no está de más relacionar estos elogios y esta fe con lo que vertebra su viaje y su libro: la causa de los Aliados. Hay que recordar que Brasil fue el único país de América del Sur que declaró la guerra al Eje (1942), y que dos años después envió un contingente de 25 mil soldados a pelear en Europa. Entre ellos, alguno de los descendientes de los Braganza. El imperio, imagina Oliver, se recuerda «como una alegre opereta que

ya pasó, con sus crinolinas y sus enamorados emperadores» para dejar «unos príncipes que en tiempos de guerra son aviadores del Ejército brasileño» (ibíd.: 30). Por eso, considera al carioca «el ser humano más democrático de América». Y, ante «la animosidad que se manifiesta a veces entre argentinos y brasileños», acepta el rotundo dictamen de un taxista: «La animosidad, señora, proviene de los partidos de fútbol. Suprima usted los partidos internacionales y seremos los mejores amigos del mundo».

Las variadas imágenes del trópico, tema del capítulo IV, dan cuenta, a vuelo de pluma, de las sensaciones recibidas en las distintas escalas, desde Río hasta Washington. El avión desciende en aeropuertos que están adaptados para la guerra. Los pasajeros se albergan en hoteles o en campamentos militares, después de haber pasado todas las revisiones exigidas. Así, en Trinidad, en la Guayana Británica, Puerto Príncipe, Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico...

Para Oliver, el trópico es una experiencia inédita, alimentada por un imaginario libresco. Así lo señala en su artículo «Imágenes del Brasil», redactado a partir de este viaje: «Nadie ha expresado con mayor exactitud la naturaleza tropical o semi tropical que los ilustradores románticos de *Pablo y Virginia* o *Robinson Crusoe*» (Oliver, 1943b: 27). Pero en el viaje la realidad se presenta con toda su crudeza, y no hay referencias literarias que alcancen para encuadrarla y suavizarla. Así, cuando en la primera escala tropical, en Trinidad (Guayana Británica), el auto que los lleva del aeropuerto al hotel corre «entre grupos de negros, negras y negritos vestidos con trajes multicolores» (A: 14). Confiesa con una franqueza que no sabe de tamices y que responde a un sentir compartido con su medio: «Esa masa humana tiene algo de carnaval; ríe con risa más animal que infantil; no logro poder llamarle pueblo; al placer estético que su vista me causa se mezcla una sensación extraña, angustiosa, deprimente» (ibíd.).

Analogías: poco más de un siglo atrás, en 1833, en su viaje al Perú Flora Tristán expresaba sentimientos semejantes al hacer escala en Cabo Verde. La recopilación de notas pintorescas para uso de lectores del género de viajes daba paso al choque experimentado ante la realidad local. Al recorrer las calles de la población, decía,

> pudimos sentir el *olor a negro*, que no puede compararse con nada y da náuseas y persigue por todas partes [...] Si uno se acerca a algunos niños para ver sus juegos, tiene que alejarse rápidamente, ¡tan repugnante es el olor que exhalan! (Tristán, 1986: 43; destacado en el original).

Entre aquel viaje y su escritura, Tristán se integra al movimiento socialista; de allí que, al redactar sus *Peregrinaciones*, tres años después, pueda introducir una autocrítica:

> En 1833 me hallaba todavía muy lejos de tener las ideas que después se han desarrollado en mi espíritu. [...] No veía que todos los hombres son hermanos, y que el mundo es su patria común. [...] Pero relato mis impresiones tal como las sentí entonces (ibíd.: 37-38).

Un proceso análogo realizará Oliver, y los recuerdos del viaje, en *Mi fe es el hombre*, tendrán otros matices, como veremos más adelante.

Una constante del viaje por el trópico es la fascinación por la naturaleza, desde lo que se percibe desde las alturas del avión hasta los árboles y arbustos de grandes flores rojas que bordean las carreteras. El encuentro con las personas es más variopinto: frente a la «masa humana» que Oliver observa desde las ventanillas de su coche, están los amables oficiales que controlan la correspondencia de los viajeros y ofrecen un paseo en jeeps de problemática suspensión. Están también el oficial haitiano que «además de hablar un francés de teatro clásico, parece un apolo de cobre oscuro» (A: 36), «los oficia-

les del ejército británico, pálidos, con ojos afiebrados, en sus shorts y sus camisas kaki» (ibíd.: 34), que toman wiski en el comedor del hotel al lado de «sus mujeres de trajes claros y flores en la cabeza» (ibíd.).

En estas tierras tropicales, Haití la conquista con un hechizo que no sabe si llega de la magia negra «que, según dicen, abunda allí» (ibíd.: 37) o, simplemente, de la belleza de la naturaleza circundante y de sus habitantes, desde las empleadas del aeropuerto que «parecen pequeñas reinas de Saba que hubieran aprendido francés en la corte de Luis XIV» hasta «la gente de pueblo, sentada en sillas de paja ante las puertas, o llevando una canasta de frutas sobre la cabeza erguida» (ibíd.: 36). Imágenes estéticas para esta viajera formada en las artes plásticas: «Cada persona podría estar posando para un pintor». Una atracción, *un hechizo*, para usar sus palabras, que no se desmiente en la escala de un segundo viaje (1946), esta vez en compañía de Victoria Ocampo. Se dejan seducir por la belleza del paisaje, por las casas ordenadas y limpias, por la serenidad de sus habitantes, las músicas, las comidas y las artesanías que les brindan en el hotel «La Citadelle», propiedad de una norteamericana casada con un militar haitiano, y que inaugura la tendencia de poner en valor artesanías, tejidos y muebles de confección local. Un Haití que era entonces un pequeño paraíso tropical, en la vivencia de nuestra viajera.

EN ESTADOS UNIDOS

Si en el trópico los objetos de contemplación son la naturaleza y sus habitantes con lo que tienen de bello, de misterioso y de temible, el mundo norteamericano al que llega en el otoño de 1942 se cifra, en cambio, en el encuentro entre personas, en el diálogo entre pensamientos e ideologías más o menos afines, siempre dignas de interés. En comparación, aquí el paisaje tiene un lugar acotado: apenas la mención al Central Park, a

las calles arboladas de Washington y a los parques y plazas para el ocio dominguero. El foco de la mirada está puesto en las estructuras sociales y políticas y en los hábitos y las ideas de los habitantes de esta parte de América.

A partir del capítulo V, «Washington en guerra», el relato nos lleva al corazón de la empresa para la cual Oliver ha sido convocada, y que encuentra en el programa de radio, y en este libro, la realización del compromiso de difusión de las políticas de Buena Vecindad.

Es posible considerar este viaje como el punto de arranque de varias facetas de su vida, que van mucho más allá de lo previsto al aceptar la misión. Como ella misma ha señalado en sus memorias, era «la primera vez que trabajaba en una tarea fija y remunerada» (*Fe*: 110). Y en el campo de la escritura, el interés que despertaban sus anécdotas personales entre sus estudiantes norteamericanas no parece ajeno a su «vocación autobiográfica», aunque deban pasar varios años, en medio de otras actividades, hasta que llegue el momento de redactar recuerdos.

Así, en este libro, nacido por encargo, como un trabajo de propaganda política, se perfilan muchas de las temáticas, las imágenes, los tonos, que después va a desarrollar largamente en sus memorias (en las cuales, vale señalarlo, nunca hará referencia a estas charlas y a este libro).

La que puede definirse sin discusión como «la capital política del mundo» (A: 39) se ha convertido en un manicomio, ante el ritmo febril que la guerra ha impuesto a la que era hasta ayer «una gran aldea». La primera preocupación de Oliver, como la de todo viajero, es encontrar alojamiento, en medio de la superpoblación que colma la ciudad. A pesar de su cargo, a pesar de las múltiples cartas de recomendación que lleva, no le resulta fácil lograrlo. Hasta que, después de algunos cambios y mudanzas, se aloja en un departamento de Kalorama Road, desde donde están fechadas muchas de las cartas dirigidas a amigos y familia, y donde estrena su vida de mujer independiente.

Algunos de los nuevos habitantes de Washington son latinoamericanos llegados, como Oliver, en misión de Buena Vecindad, que no dejan de contemplar con humor a sus colegas norteamericanos:

> Poseídos de frenesí por comprendernos, por conocernos, andan por las calles llevando bajo el brazo libros con estos títulos: «Conozca usted América Latina»; «Brasil, país del futuro»; «Un latinoamericano habla»; «Al Sud del Río Grande», etc.; y muchas, infinitas gramáticas castellanas (ibíd.: 41).

En Washington, se relaciona con «los tres *leaders* del buen entendimiento entre las Naciones de América»: Leo S. Rowe, fundador y presidente de la Unión Panamericana, «quien siempre me trata como la primera vez que me vio, cuando yo tenía ocho años de edad» (ibíd.: 42); su jefe, Nelson Rockefeller, coordinador de asuntos interamericanos, de quien da una imagen de gran político, a la vez que traza de él un amable retrato familiar, rodeado por su mujer y sus cinco hijos.

Dedica un capítulo completo al tercero, Henry Wallace, «ese gran amigo que los latinoamericanos tenemos en Washington» (ibíd.: 45). No solo por su lugar como vicepresidente de Roosevelt en su tercer mandato (1940-1944),[10] sino sobre todo por la cercanía que siente con sus iniciativas tendientes a «lograr que una abundancia equilibrada reemplace a la miseria impuesta por unos hombres sobre otros», su política contra la discriminación racial y su interés por los países latinoamericanos. A través de tres anécdotas –los camareros negros que se acercan especialmente a saludarlo en el tren, el taxista que le regala el

10. A la muerte de Roosevelt, en el gobierno de Harry Truman fue designado secretario de Comercio, pero debió renunciar un año después por fuertes disidencias con el presidente sobre las relaciones con la Unión Soviética.

viaje a Oliver al verla en compañía de Wallace y la respuesta de este frente a un comentario racista de Ocampo–,[11] se exponen distintas facetas de quien será gran amigo de María Rosa durante varios años; hasta que su apoyo a la Guerra de Corea corte la relación con quien ella consideraba no solo un gran hombre, sino también «un hombre bueno» –«A nice man»– (ibíd.: 48).[12]

Algún oyente del programa formula una de las obsesiones argentinas: qué di*cen de nosotros allá*. «Sin reticencias y con objetividad» le contesta Oliver, señalando, en primer lugar, que el norteamericano medio conoce poco del latinoamericano. Lo atribuye al hecho de que «no tiene libros que le hablen de nosotros ni películas que le muestren nuestros paisajes» (ibíd.). En la imagen «en montón» que tienen de América Latina, predominan las señoritas de mantilla y los hombres que son grandes jinetes y dueños de vacas, muchas vacas. Las primeras palabras que aprenden en español son *fiesta* y *siesta*. La razón, dice Oliver: visitan sobre todo México y Cuba, que son los países más cercanos; y como allí van de vacaciones, es decir, «a festear y a sestear», es lógico que su vocabulario se limite a estas actividades. Pero, agrega, también les cuestionan a los latinoamericanos cierta vanidad y falta de concreción. Y, «confidencialmente», Oliver va a señalar a sus oyentes que los latinos que más chocan son los que presumen de tenorios, que «por desgracia abundan».

11. En diálogo con Wallace durante su viaje a Estados Unidos, Ocampo, frente a la miseria y el atraso de ciertas tribus indígenas, expresó su duda acerca de si no habría grupos degenerados. Wallace contestó: «No hay grupos o razas degenerados, inferiores o superiores; hay gente nutrida y gente desnutrida, eso es todo» (A: 46).

12. Después de su obligada renuncia a la Secretaría de Comercio, Wallace será objeto de acusaciones por sus presuntas simpatías hacia el comunismo. De ellas se hace eco una nota anónima en *Sur* («Wallace y Burnham», nº 166), que será duramente criticada por Oliver (Oliver, 1948).

El capítulo VII, dedicado a Nueva York, destaca las maravillas de su arquitectura y los distintos planos aéreos que superponen torres, agujas y cúpulas. Y, en especial, la perfección del Empire Building –el más elevado durante muchas décadas, ícono de la ciudad y como tal representado en innumerables filmes– «contra el que chocó el avión días pasados» (ibíd.: 53).

El episodio sobre el cual pasa aquí Oliver con mucha levedad fue un accidente aéreo sufrido el sábado 28 de julio, por la mañana, por un bombardero B-25 Mitchell, que a causa de la espesa niebla se estrelló contra el Empire State Building. El accidente causó catorce muertes (tres tripulantes y once personas en el edificio) y fuertes daños materiales, si bien no afectó la estructura del Empire, que reabrió sus puertas apenas dos días después. Tal vez la decisión tendiera a llevar tranquilidad a la población en esos años de guerra. En el mismo sentido podría entenderse la forma como se menciona el accidente en la charla de Oliver, quitándole todo dramatismo.[13] Algo impensable para un público post 11-S.

Nueva York es también, para sus oyentes y lectores, el lugar de la diversión, de los grandes teatros, museos, *dancings*, salas de conciertos y de música popular. En rápida sucesión se mencionan el Museo de Arte Moderno, el Rockefeller Center, Radio City con sus revistas, los grandes restaurants, los puentes «con su telaraña o encaje de mil cables», la dorada antorcha de la Libertad «que ilumina el mundo». Fascinan a Oliver las nuevas formas de comunicación: «la inmensa radioemisora Columbia» que le permite «estudiar en detalle el mecanismo de la radiotelefonía» y, sobre todo, ver ya «un poco de televisión» (ibíd.: 55).

Imposible reunir todo esto en quince minutos de programa. Pero no quiere dejar afuera la charla que dio una

13. Coincidencias: la ascensorista del Empire State, que sobrevivió a una caída de setenta pisos, se llamaba Betty Lou Oliver (Wikipedia *dixit*).

mañana de otoño «en una escuela del barrio más pobre del pobre Harlem». Esos cuarenta chicos y chicas, de distintos orígenes, «de todos los colores y todos los matices», «despiertos e imaginativos», la llevan a entender de dónde saca Nueva York su espíritu dinámico y cosmopolita, que hace que nadie se sienta extranjero. Otra vez, resalta el anhelo de fraternidad, que ve plasmado en estas escenas donde encuentra la promesa de una igualdad racial en marcha: cuarenta chicos de distinto color, marchando unidos tras la bandera de la Unión y cantando el Himno norteamericano (ibíd.).

Los dos capítulos que siguen están dedicados a un tema especialmente sensible para la escritora: la situación de las mujeres. En «Las mujeres norteamericanas durante la guerra (I)» describe las distintas fuerzas con participación femenina (Marina, Ejército, Aviación), y las condiciones para incorporarse a cada una de ellas. Como complemento, están las Organizaciones Unidas (United Service Organization) destinadas a crear centros de recreación y asistencia a los oficiales y soldados con permiso: cantinas con lugares de lectura, centros de baile, juegos y variedades. Por su parte, los actores y actrices salen de gira por todo el país para vender bonos que sostengan el esfuerzo bélico: «El avión vuelve a su punto de partida cargado de millones, trayendo actores exhaustos, contentos y roncos de gritar: ¡Ayude usted al tío Sam; ayude a ganar la guerra; compre bonos y más bonos!» (ibíd.: 61).

Es elocuente la palabra de una oficial negra, consciente de que la «confraternización racial» que «ha progresado mucho» en el Ejército y la Armada comenzó en las Fuerzas Auxiliares Femeninas, a las que pertenece. Y tiene fe en que, terminada la guerra, ese proceso va a fortalecerse: «Sea donde sea, en los campos de batalla o aquí mismo, si luchamos por la democracia haremos que se cumpla» (ibíd.: 60). Voces que el oído de Oliver recoge y reproduce para sus oyentes.

El siguiente capítulo, «Las mujeres norteamericanas durante la guerra (II)», está dedicado a las mujeres de la reta-

guardia, las mujeres «comunes», cuya vida se ha visto radicalmente alterada por el conflicto bélico. Con los hombres en el frente, son pocas las que no necesitan salir a trabajar en fábricas, talleres, oficinas. A la doble jornada –algo familiar para la mayoría– se agregan las restricciones de la guerra: racionamiento, largas colas, falta de ayuda para las tareas domésticas, horarios que se extienden a lo largo de 18 horas. «Estoy segura de que mis oyentes solo al oír esto han de sentirse cansadas» (ibíd.: 65), dice Oliver a su auditorio:

> Imagínense entonces cómo han de estarlo las que hacen todo eso en un solo día. Una de ellas, que por añadidura es escritora, Elisabeth Howes, escribió un libro muy sugestivo titulado *Por qué lloran las mujeres*, donde llega a la conclusión de que las mujeres lloran porque no hay nervios que resistan a esa continua tensión… (ibíd.).

Su entusiasmo la lleva a recomendarlo a su amiga Sara Jorge, dueña de la Editorial Lautaro, y allí se publica en diciembre de 1946, «en versión directa de Minerva Daltoe», agregando un subtítulo: «O mujeres con llaves inglesas», que subraya la ilustración de tapa. El libro, de unas 300 páginas de papel grueso y oscuro, resulta mucho más cercano a la realidad de las mujeres norteamericanas de la época que a las latinoamericanas, tanto en las experiencias que describe como en los consejos que reúne en sus conclusiones.[14]

A esas mujeres que pronto reprimen sus lágrimas, porque no hay tiempo para ello y además porque saben que «tan solo en el cine no afean», esta sociedad les brinda múltiples recursos para el trabajo doméstico: cocinas bien equipadas, uten-

14. A pesar del entusiasmo de Oliver, el libro no parece haber ejercido gran atracción para las lectoras argentinas: el ejemplar de la Biblioteca Nacional que consulté en mayo de 2024 tenía la mitad de sus páginas sin abrir.

silios (*gadgets*) para todo tipo de tareas, artefactos eléctricos como lavaplatos, secador automático –aparatos que las casas argentinas de clase media estaban apenas empezando a incorporar. Y, sobre todo, cuentan con la ayuda de esposos e hijos, cuando están en la casa.

La imagen que busca transmitir Oliver es la de un país unido donde todos aportan a la batalla por un mundo libre de la amenaza nazi: tanto los hombres que están en el frente como las mujeres que viven su doble o triple jornada. Los que trabajan en las fábricas, sosteniendo la producción alimentaria, textil y armamentística; los estudiantes que dedican sus vacaciones a trabajar en las cosechas, en reemplazo de los granjeros llamados a las filas. Un enorme esfuerzo colectivo, con resultados armoniosos y prometedores.

Cierra el capítulo con una experiencia *ejemplar*, que recuperará en sus memorias: la cena que le brinda una joven pareja de Boston, durante la cual él y ella se alternan para acostar a los niños, servir la mesa, lavar los platos; todo sin interrumpir una conversación que comparten los tres. Maravillada, solo le queda lamentar que esa lección de igualdad en las tareas no haya sido recibida «por un hombre de este país» (ibíd.: 69).

El último capítulo está dedicado a un tema que será cada vez más central en el pensamiento y la acción de Oliver. Con el título «Pobres y ricos en Nueva York», y contestando algunas preguntas de sus oyentes, expone los niveles de vida de distintos sectores de la población. Pero no se limita a la neoyorquina, sino que diferencia según las regiones –más o menos industrializadas, más o menos lejanas de los centros económicos y culturales– las condiciones de vida y el desarrollo cultural de sus habitantes. El buen pasar del obrero industrial –casita propia bien equipada, automóvil– se contrasta con la vida del granjero de tierras exhaustas y con los habitantes de algunos barrios obreros de las grandes urbes. Gran conocedora de la narrativa norteamericana, ejemplifica con

Viñas de Ira, de John Steinbeck, y *En el camino del tabaco*, de Erskine Caldwell. Referencias culturales que seguramente son comprendidas por su auditorio, a diferencia del público norteamericano, en general de escaso saber literario o histórico. «Por pertenecer a una nación de 140 millones de habitantes, se han olvidado un tanto del resto del mundo», justifica (ibíd.: 72).

También interesa a sus oyentes conocer las costumbres de los días de descanso, las formas de la vida social. Para ello, Oliver despliega las escenas de familia, los paseos por parques y plazas, los museos llenos de gente; o, en sus casas suburbanas, el cuidado del jardín. No deja de llamar la atención que no haga referencia a sus prácticas religiosas, ineludibles en estas comunidades.

Finaliza con un mensaje esperanzado a la vez que realista. Desde el lugar que ocupa durante su misión, y al que regresará por unos meses un año después de las charlas, esta mujer bien informada se muestra discreta y cuidadosa en su exposición ante sus oyentes:

> Por carácter, por educación, por las condiciones sociales y económicas, el pueblo norteamericano, a mi parecer, podrá entrar sin convulsiones catastróficas al mundo nuevo que se está estructurando. Digo sin convulsiones, pero no sin sacrificios. Ya en la guerra se han dejado de lado privilegios y ganancias. Con ello se obtuvo la victoria. Igual cosa, y algo más, tendrán que sacrificar para ganar la paz. Habrá días difíciles sin duda alguna, pero, después, el progreso técnico y la fuerza industrial darán a las masas, al hombre común, a todos, un nivel de vida jamás soñado antes (ibíd.: 76).

(Con un curioso sentido del humor rubrica Berni el optimista mensaje de Oliver: la viñeta final delinea un canastillo metálico con seis Coca Colas, en las clásicas botellitas de vidrio de esos años).

Después de *América*

María Rosa regresa a Buenos Aires a finales de 1944. Se reencuentra con la vida cotidiana de una familia numerosa, donde después del reparto de los esperados regalos desfilan a la hora del té las noticias sobre enfermedades, muertes y nacimientos de parientes y amigos, temas ausentes en las conversaciones de «allá» de donde viene. «También de las noticias necrológicas me había olvidado y ahora, al oírlas, echaba de menos "el escamoteo de la muerte" que tanto escandalizaba [en Estados Unidos] a Juan Ramón Jiménez» (*Fe*: 179). Algunas cosas de la ciudad son visiblemente diferentes: por ejemplo, el cambio de mano en calles y rutas desde el domingo 10 de junio, que abandona el uso británico. Los diarios multiplican advertencias a conductores y transeúntes, en una fuerte campaña de educación vial para poner en práctica, sin mayores riesgos, la decisión del gobierno del GOU: el grupo de militares nacionalistas –hay quienes se inclinan a escribirlo con *z*–, algunos de cuyos nombres empiezan a hacerse conocidos.

En el plano político, diversos factores, que no vamos a desarrollar aquí, han producido un cambio importante en las relaciones con Estados Unidos. El embajador Norman Armour había sido reemplazado por el muy activo Sprouille Braden, quien desde su arribo a Buenos Aires, en mayo de 1945, es recibido como líder de la oposición contra el gobierno, y en especial contra ese coronel sonriente a quien un periodista

ítalo-americano, poco antes de las elecciones de 1946, caracterizará como un demagogo de ambición insaciable.[1]

Banquetes, discursos, homenajes se suceden en los pocos pero decisivos meses que dura la gestión del embajador Braden. *La Nación* atestigua el entusiasmo que despierta: el 23 de julio, al regresar de una conferencia en Rosario, es aclamado en Retiro por una multitud que entona el Himno Nacional; y el 19 de septiembre de 1945 es figura estelar en la Marcha por la Constitución y la Libertad, a la que *La Razón* consagra con grandes titulares como «Una revolución sin armas y un plebiscito sin urnas» (22 de septiembre de 1945). Junto con Braden llega su secretario, Gustavo Durán, con quien Oliver había compartido actividades en Estados Unidos y era un buen amigo de Victoria Ocampo –nunca apolítica, a pesar de sus reiteradas declaraciones.[2] Convocado a Washington para un nuevo cargo, son numerosas las personalidades que acuden a despedir al embajador en el aeródromo de Morón, el domingo 23 de septiembre, como muestra *La Razón* en primera plana; entre las pocas damas presentes, menciona a la señora Ocampo.

Son meses de enorme actividad para Oliver y sus amigos y compañeros de la causa antifascista: publicaciones, folletos, artículos en las revistas donde el exilio español difunde su capacidad de resistencia y su experiencia editorial. Colabora también con la *Antología de la Resistencia Francesa*, recopilada por Ivette Caillois, para la cual aporta un breve y fervoroso prólogo; y tiene a su cargo el programa de radio y el libro que reúne sus charlas.

1. Arnoldo Cortesi, «Retrato de un demagogo» (1946), en Bosoer (2011).

2. Sobre la figura ciertamente novelesca de Durán, ex militar republicano, convertido por André Malraux en personaje de *L´Espoir*, y milagrosamente libre de las condenas macartistas, Rogelio García Lupo aporta valiosos datos en su artículo «Victoria Ocampo y el expediente Durán» (2006).

Estos meses representan un intervalo en su misión en Estados Unidos. Si bien el coordinador Rockefeller había aceptado su pedido de regresar a la Argentina, a finales de 1944, todavía quedaban tareas pendientes; de allí su compromiso de volver a Estados Unidos por unos meses en 1946; ahora con la compañía de su hermano menor, Sammy, y, en algunos tramos, con Victoria Ocampo.

En ese segundo viaje, Oliver puede observar cómo se perfila con mayor nitidez la política de una Guerra Fría, bajo el gobierno de Truman, el de Hiroshima. Ya no está su amigo Wallace en el gobierno, sospechado de ser demasiado tolerante con la Unión Soviética, hasta ayer reconocida como el aliado que contribuyó decisivamente a la victoria contra el nazismo. Y las voces de sus antiguos colegas latinoamericanos en la Oficina empiezan a encontrar respuestas disidentes al regresar a sus países.

El breve periplo de 1946, pues, representa el inicio de una nueva etapa que Oliver va a desarrollar en su tercer y último libro de memorias, *Mi fe es el hombre*. Al que pone un punto final –que se pensaba provisorio– en el verano de 1977, tres décadas después de aquellas vivencias cuya primera versión había fijado en sus charlas radiofónicas.

YO QUE NUNCA FUI PERONISTA

Entre los cambios que encuentra a su regreso, hay un nombre que marca un parteaguas en su entorno y en la historia argentina: Juan D. Perón.

Introducimos aquí un apartado, forzando en parte la línea cronológica que estamos siguiendo. En 1945, mientras se suceden las celebraciones por la victoria de los aliados, por la paz al parecer recuperada y por el orden mundial debidamente restablecido, la figura de este militar con una carrera política en ascenso se vuelve cada vez más visible en la escena nacional. Paradójicamente, la primera vez que Oliver escucha

su nombre es en una charla en Buenos Aires con el embajador norteamericano Armour. Este no comprende, le dice, la actitud de muchos amigos argentinos:

> «Siempre les he oído quejarse de que no surgen políticos nuevos. Ahora ha aparecido uno, joven, dinámico, con el afán de hacer cosas y, bueno, apenas lo menciono muestran su desagrado». «¿Quién es ese hombre, Mr. Armour?», pregunté. «Es el coronel Perón... ¿sabe algo de él?» «No, es la primera vez que lo oigo nombrar» (*Fe*: 181).

Pero a partir de entonces será un nombre, una voz, una presencia imposibles de invisibilizar. Coincidiendo con su grupo de pertenencia, la imagen que tiene Oliver de Perón es la de un caudillo de tintes fascistas, un demagogo que evoluciona a dictador. En sus memorias, la distancia de los años y su cercanía con la juventud peronista de los setenta le permitirá recordar los acontecimientos de octubre de 1945 con una mirada más perspicaz, a ratos discordante con la opinión de los suyos. Y se preguntará por qué no había gente del pueblo en el gran acto del 13 de octubre en Plaza San Martín, frente al Círculo Militar, para pedir que se entregara el gobierno a la Suprema Corte (*Fe*: 336); por qué en cambio los presentes eran todos «gente conocida», que sentían «con íntima satisfacción» que «no falta[ba] nadie. ¡Ni en el Premio Carlos Pellegrini!».

«El 17 y sus alrededores», se titula el capítulo que cierra sus memorias publicadas. Ese día, Oliver acompaña a un amigo brasileño a ver una exposición de Pedro Figari. Todo normal, nada fuera de su vida cotidiana. Pero algo le llama la atención. Frente al Plaza Hotel observa «subiendo de Retiro hacia Florida, gente que de a dos, de a tres, o suelta, formaba un largo pero raleado desfile» (*Fe*: 343). El siguiente pasaje ha sido citado muchas veces, como una descripción, parcial y sesgada, del 17 de octubre:

> No solo por los bombos, platillos, triángulos y otros improvisados instrumentos de percusión que, de trecho en trecho, los preceden, me recuerdan las murgas de carnaval, sino también por su indumentaria: parecen disfrazados de menesterosos. Me pregunto de qué suburbio alejado provienen esos hombres y mujeres casi harapientos, muchos de ellos con vinchas que, como a los indios de los malones, les ciñen la frente, y casi todos desgreñados (ibíd.).

En la noche de ese día, «húmedo y tormentoso», al regresar de la cena con que despiden a su amigo,

> nada anormal se advierte en las calles transversales a la Avenida de Mayo, y en mi barrio silencioso son escasas las ventanas con luz. También en mi casa duermen. Para no despertarlos, apenas doy volumen a la radio que está junto a mi cama. Un rumor sin fin. Después, la voz de Perón. Sus opositores hemos perdido otra partida (ibíd.: 344).

Las circunstancias en las que escribe estas últimas páginas de sus memorias, como veremos más adelante, explican el final abrupto con que cierra esta etapa tan crucial en la vida de su país y en la suya propia. Su experiencia sobre los años de los gobiernos peronistas la podemos leer a través de su correspondencia, o de algún artículo donde propone su crítica literaria sobre *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias como un panfleto contra el «dictador» argentino (*Sur*, nº 177, julio de 1949). Su conocimiento de la política le permite, sin embargo, tener diagnósticos más objetivos que los de gran parte de su entorno. Le escribe a Gabriela Mistral, en septiembre de 1952, al inicio del segundo mandato de Perón, con clara perspectiva sobre lo que serán las consecuencias del 55:

> Aquí comienza la crisis económica y el desempleo. La libertad de prensa es casi nula; acaban de clausurar el Colegio Libre de Estudios Superiores y le negaron a la Sociedad

> Argentina de Escritores el permiso para reunirse y elegir nuevas autoridades. Debo decirte que en ambas instituciones los componentes son tibios, opositores de profesión y siempre temerosos de comprometerse. *Un golpe contra Perón sería desastroso: significaría la entrega del país al capital extranjero y una brutal represión obrera. El panorama, como ves, dista de ser color de rosa* (Barrera, 2012: 231; el destacado es mío).

Los años siguientes son de hostilidades y enfrentamientos cada vez más radicales. El acto del 15 de abril de 1953 en Plaza de Mayo, donde Perón expone la difícil situación económica que atraviesa el país, es el escenario de un atentado terrorista que asesina a seis personas y deja un centenar de heridos. En los días siguientes, se encarcela a numerosos opositores al gobierno; entre ellos, a Victoria Ocampo, cuya prisión en la Cárcel de Mujeres, en San Telmo, despierta la protesta de numerosos intelectuales americanos y europeos, por lo cual será liberada 26 días después.

También son objeto de vigilancia, censura y cárcel numerosas figuras de la izquierda, en especial vinculadas con el PC. Norberto A. Frontini, su amigo y compañero de viajes y escrituras, es encarcelado en 1954. Oliver promueve entre sus conocidos más famosos una campaña por su libertad. Le escribe a Reyes:

> Queridísimo Alfonso: El Doctor Norberto A. Frontini, abogado y escritor, está detenido desde hace una quincena por su militancia en la defensa de la paz. El no pertenece, ni desea pertenecer, a ningún partido político, pero su sentido ético lo ha llevado, desde muy joven, a actuar a favor de las buenas causas. Lo ha hecho desinteresadamente y sacrificando mejoras económicas y otros privilegios. [...] Terminada la guerra de España fue quien mayor empeño puso en lograr que se diera asilo a los intelectuales republicanos. Nuestra amistad se inició en aquellos

> días. La amistad creció y ahora, en colaboración con él, he hecho el libro con nuestras impresiones de China [...] Si unos cuantos escritores, artistas y abogados [en México] firman un pedido solicitando al Presidente Perón la libertad de Frontini, es casi seguro que la obtendrá inmediatamente. Confío en que harás cuanto esté en tu poder para conseguir que tus amigos hagan este gesto de generosa solidaridad hacia alguien que ha hecho de la solidaridad un ideal de vida.[3]

Estos antecedentes hacen que en los años setenta, que la encuentran muy cercana a la juventud peronista, no pueda ver sin inquietud lo que el regreso del líder, dieciocho años después, despierta entre esos jóvenes y en una gran parte de la sociedad. Su opinión sobre Perón no ha cambiado. Y así lo confía a su joven amigo, Eugenio Guasta, que se encuentra en Italia formándose para el sacerdocio. Le escribe el 29 de agosto de 1972, pocos días después de los fusilamientos de Trelew:

> No sé, Eugenio, no sé qué va a suceder, hacia dónde vamos. Hay una confusión espantosa. Por un lado, el gobierno militar que intenta seguir en el poder a través de civiles electos constitucionalmente y por el otro un pueblo que cifra su verdadera necesidad de justicia en el triunfo de un movimiento que responde –hasta hoy– a un hombre diestro en el engaño. Es atroz ver gente joven –por lo general pura– que mata y muere (y es atrozmente torturada) para que «Perón vuelva» (Oliver-Guasta, 2011:[4] 142).

Unos meses más tarde, en octubre de 1973, vuelve a escribirle. A pesar de todo, dice,

3. Carta del 15 de octubre de 1954; en el archivo de Capilla Alfonsina.

4. En adelante, abreviamos O-G.

> el 25 de mayo olvidé los malos presagios, y logré participar de la alegría de mi pueblo. El pueblo que vivaba a Allende, a Dorticós, a los chinos. Y reía y cantaba y dale y dale al bombo... Ignoro como sonará ese ingenuo instrumento musical si es tocado en un entierro (ibíd.: 166).

El oscuro presagio se hace realidad poco tiempo después, con la muerte de Perón. Su relato del velorio del General nos ofrece un testimonio inolvidable. Podría leerse como en una suerte de círculo que se cierra: una historia que comienza aquel 17 de octubre de 1945 y concluye este 1º de julio de 1974. Es la misma mujer la que narra, con la misma agudeza para captar personas y actitudes. Pero con otra cercanía.

> Me pregunto cómo contarte lo que vale la pena contar: el velorio del General. O más bien del pueblo presente dos días y dos noches, a la intemperie, bajo la lluvia intermitente. [...] La TV iba transmitiendo todo. Me instalé ante la pantalla, nunca he asistido tanto a un velorio, ni he visto un velorio con tantos asistentes que estaban ahí *no* por cumplir. Nunca, tampoco, había visto en el centro de la ciudad gente tan pobremente vestida, ni con tan auténtica, desgarradora congoja. Algo terminaba bruscamente para ellos: ¿un amparo? ¿la seguridad? ¿la esperanza? [...] Esa grey de Dios era mi pueblo, y unida a él, por él lloré. Yo que nunca fui peronista. El pueblo, con o sin motivos (y creo que el pueblo no se equivoca) estaba ahí por amor a quien le había demostrado quererlo. O quererlos más de lo que los otros gobernantes los habían querido (ibíd.: 187-189).

POR LA PAZ EN EL MUNDO

Pero volvamos años atrás, al regreso de Oliver de su segundo viaje a los Estados Unidos. Esa experiencia será narrada en parte en *Mi fe es el hombre*, ya libre de la confidencialidad

a que la obligaba su misión diplomática. Y, sobre todo, con un pensamiento radicalmente modificado sobre las intenciones, y las posibilidades, de esa política de la cual fue sincera y eficaz predicadora. Puede así exponer los puntos oscuros que ya había empezado a percibir: el desconocimiento, en el mejor de los casos, cuando no el bastardeo de las culturas latinoamericanas; los planes de expansión económica y política de Estados Unidos y la elección de un nuevo enemigo: la Unión Soviética. Antes, eran impresiones fugaces, sospechas que se quería pensar infundadas. Pero el tiempo las hace patentes. Y en algún caso, antes de no mucho tiempo. Su amigo y compañero de misión, el diplomático boliviano Enrique Sánchez de Lozada, le pide que en su regreso de Estados Unidos pase por La Paz, donde las «fuerzas populares democráticas» acaban de derrocar al presidente nacionalista Gualberto Villarroel, en un golpe sangriento en el que el Departamento de Estado ha tenido un papel decisivo. La versión establecida entre los antifascistas lo señala como una persona de *innegables* simpatías con el Eje[5] (*Fe*: 316-322). Pero, ante el farol donde lo colgaron, frente al Palacio Quemado, Oliver no puede coincidir con las certezas que le trasmiten sus compañeros de misión: «Sí, Villarroel dio fusiles a los mineros, pero era despótico»; «No, no, nuestra revolución fue espontánea, sin la menor injerencia extranjera» (ibíd.).[6]

5. El *Diccionario de la actualidad mundial*, de Córdova Iturburu, publicado en 1947, es un interesantísimo documento para acercarse al *pensamiento vivo* de la intelectualidad *progresista* de la época. Las entradas sobre Bolivia y el presidente Villarroel son poco objetivas, pero sirven como testimonio del *relato oficial* que empezaba a dominar en los inicios de la Guerra Fría.

6. Augusto Céspedes, escritor y político del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), narra en *El presidente colgado* (1975) los entretelones de la operación para derrocar a Villarroel, bajo la consigna del antifascismo, puesta al servicio de los intereses de la Rosca minera, es decir, del sector de grandes propietarios de minas y de grupos extranjeros

Pocos años después, la Guerra de Corea le demostrará sin lugar a dudas que la política expansionista de Estados Unidos no se detiene, ni tampoco la carrera armamentista. Así lo plantea Oliver en una extensa carta a Rockefeller, con quien compartieran proyectos y entusiasmos (citada en Clementi, 1992: 130 y ss.). Su postura la distancia de numerosos amigos (Wallace, Kirstein, entre otros), y pierde su visa para los Estados Unidos, clasificada por el FBI como «agitadora internacional». Si en 1945 Oliver había tenido lo que hoy nos resulta una inexplicable ceguera frente a la bomba atómica, utilizada por Truman como «solución final» en Japón y justificada como necesaria para ahorrar muchas vidas de soldados aliados, las informaciones que se van conociendo la convocan a la causa de la paz, que en muchos países de Occidente será una de las banderas de las izquierdas; y, por lo tanto, objeto de sospechas, censuras, sanciones de diverso tipo.

El Movimiento por la Paz, presidido a nivel mundial por Frédéric Joliot-Curie, en el ámbito sudamericano la tendrá como una de sus más activas organizadoras.

> Entre fines de la década de 1940 y mediados de los años cincuenta, un grupo de intelectuales, científicos, artistas y escritores del continente participó de una red transnacional que se organizó en torno a los propósitos iniciales del Movimiento por la Paz: evitar una tercera guerra mundial, impulsar la resolución pacífica de los conflictos entre naciones y oponerse al uso de armas atómicas (Petra, 2023: 43-44).

Con el mismo fervor con que movilizó a su red de amigos a favor del exilio republicano o de la causa antifascista,

---

vinculados con ellos que ejercían una influencia decisiva sobre el poder político y económico del país, durante la primera mitad del siglo XX.

ahora convoca a sus amistades más famosas para que se integren, apoyen con sus firmas, aporten su palabra a la defensa de la paz. Desde San Isidro, en el verano de 1949, le escribe a Mistral, la primera mujer latinoamericana en recibir el Premio Nobel:

> Estoy convencida de que la lucha por la paz es muy necesaria y puede ser muy eficaz. Que ella esté llevada adelante por los comunistas es culpa de la negativa de los otros a tomar parte en ella. Yo nunca he pertenecido al partido c. [comunista] ni perteneceré a él. Cada día estoy más convencida de ello, pero de ahí a negarme a trabajar por una causa justa porque en ella toman parte los comunistas, hay una gran diferencia. Tampoco soy –como muchos lo creen o pretenden hacer creer que lo creen– instrumento de ellos; que me utilizan, que soy cándida. Nada de ello: si en algo soy lúcida y consciente es en mi actuación política, para mí actitud moral. En esto creo que siento como tú (Barrera, 2012: 220-221).

Hay distintas versiones sobre la pertenencia de Oliver al Partido Comunista. Estela Canto sostiene que estuvo afiliada,[7] pero Oliver lo ha negado en más de una ocasión. Señala Adriana Petra, gran conocedora de su obra y del contexto de las izquierdas en la Argentina:

> En los años treinta se acercó al comunismo, por vía del antifascismo. Aunque algunos autores sostienen que se afilió al Partido Comunista Argentino (PCA), su función siempre fue la de una «compañera de ruta», una forma de compromiso que contempla diversas gradaciones, entre ellas, tal vez la más valorada, la de ofrecer el prestigio de una obra o

7. «Según me informa Canto, ella se afilió al Partido Comunista –junto con Córdova Iturburu, en 1930», dice Clementi (1992: 168).

> de una colocación social favorable para apoyar iniciativas frentistas o de defensa de la Unión Soviética (2023: 51).

En la década de 1950, Oliver desarrolla una intensa actividad en la organización de encuentros latinoamericanos por la Paz (Santiago de Chile, Montevideo), en ámbitos muchas veces clandestinos, ante la ola anticomunista de los gobiernos de la región.[8] Finalmente, señala Petra, anticipando los próximos pasos de la autora:

> María Rosa Oliver dejó el Movimiento por la Paz en 1962, luego de catorce años de un activismo intenso sin el cual, lo reconocían sus propios compañeros, América Latina hubiera ocupado un lugar menos destacado que el que tuvo en aquellos años. Durante la década de 1950, como aquí he esbozado, esa red que la tuvo como protagonista principal elaboró una serie de sentidos y lecturas sobre el lugar de América Latina en el mapa político de la Guerra Fría que en buena medida anticiparon el antiimperialismo que dominó las sensibilidades políticas del continente por los años siguientes (ibíd.: 63).[9]

8. En septiembre de 1949 se organiza un congreso en la ciudad de La Plata. La Municipalidad lo clausura antes de empezar por una razón de peso: los atentos inspectores municipales habían visto entrar al recinto a dos hombres con paperas (*Revista Nuestras Mujeres*, órgano de la UMA, nº 20, 15 de septiembre de 1949).

9. Agrega Petra: «Oliver integró formalmente el Movimiento por la Paz hasta 1962. En sus papeles personales el balance de la experiencia es amargo. "Catorce años –1948-1962– actué en el Movimiento Mundial de Defensores de la Paz –de cuyo consejo Mundial fui asesora– y me tocó ser vicepresidenta y miembro de la comisión directiva del Consejo Nacional. Dejé de militar en el Movimiento –aún hoy en vigencia– cuando [al ser rechazados] mis reparos a la manera en que era llevado, sentí que era superior a mis fuerzas luchar, a la vez, contra la incomprensión de nuestros opositores y la mentalidad burocrática de algunos compañeros de trabajo enquistados en funciones [rutinarias]"» (Pax, no-

Efectivamente: si la década de 1950 fue la de la lucha por la Paz y la defensa de las libertades en tiempos de Guerra Fría y macartismos, los sesenta van a asistir a los movimientos revolucionarios de América Latina, África, el sudeste asiático. Y aquí también encontramos a Oliver.

Pero antes la viajera vuelve a cruzar el Atlántico, esta vez con su familia *política* –en el sentido literal del término–, para participar en reuniones del Movimiento Mundial por la Paz, realizadas sucesivamente en Varsovia, Viena, Helsinki. En el Congreso de Viena, la numerosa comitiva argentina está integrada, entre otros, por John William Cooke, «ex diputado del Partido Peronista», como lo presenta Oliver, quien encabeza la lista de los participantes al Congreso. En la crónica sobre su inauguración que escribe para la revista *Por la Paz*, que ella dirige, siguen los nombres del Dr. Frontini, *abogado*, del Sr. Ernesto Giudici, *periodista*, y de la Srta. María Rosa Oliver, *escritora*.[10]

El grupo que sigue viaje a Moscú (el pintor Castagnino, Giudici y su esposa Fina Warschaver, Frontini, entre otros) recibe la invitación para visitar China, que vive la primavera de su Revolución. Durante los meses en los cuales recorren aldeas, puertos, escuelas, mercados, hospitales, entre paisajes que le recuerdan al Norte argentino o a la meseta mexicana, Oliver reúne testimonios que quiere compartir con sus amigos. En una postal enviada desde Huanchó a Alfonso Reyes escribe: «Qué bien sientan a un pueblo la felicidad y la esperanza. Y cómo se nos parecen».[11]

---

tas mecanografiadas, *World Council of Peace: memoirs/articles*, María Rosa Oliver Papers).

10. *Por la Paz*, enero de 1953. Sería interesante conocer cómo habrán sido los encuentros entre Oliver y Cooke durante el viaje. Hay una foto de Giudici con este último en *Nuestra Palabra* (23 de diciembre de 1952, citado en Petra, 2013).

11. Postal del 10 de febrero de 1953; en Capilla Alfonsina.

A partir del viaje, escribe con Frontini un libro de título bíblico, *Lo que sabemos hablamos* –una cita del Evangelio de San Juan–, que se publica en enero de 1955 con ilustraciones de Castagnino, inspiradas en los trazos estilizados del arte chino.

Waldo Frank, su viejo y consecuente amigo, devenido en fuerte crítico del comunismo, se muestra escéptico ante el fervor con que Oliver presenta el mundo surgido a partir de 1949:

> Tu libro está lleno de buenas impresiones y me gustaron, pero las impresiones no son suficientes cuando se trata de China, sin un entendimiento profundo de los antecedentes. [...] China hoy es una especie de luna de miel de la revolución, análoga a Rusia en los 20 y a Israel luego de la derrota de los árabes (citado en Clementi, 1992: 100-101).

Pero coincide, de todos modos, con su amiga, y concluye: «Lo que dices es correcto: una luna de miel es también real, y puede ser el punto de partida para un matrimonio que dure toda la vida».

La vinculación de Oliver con China se sostiene en el tiempo. Participa en la revista *Cultura China. Revista trimestral de arte, literatura, información general sobre la Nueva China*, que publica algunos números entre 1954 y 1955. Las notas informativas la muestran como anfitriona de «un grupo de intelectuales de la China de hoy» llegados a Buenos Aires:

> En Ezeiza, una escritora argentina que visitó ha poco a China y ha escrito sobre cuanto vio un libro, titulado con una frase del Evangelista: Hablamos de lo que sabemos [*sic*], fue a agasajarles junto a un colega. Despertaban admiración y simpatía entre la juventud estudiosa de arte y letras que había acudido, que les aplaudía (*Cultura China*, mayo de 1954).

Se convierte también en una suerte de embajadora cultural del arte chino. Le escribe a Reyes presentándole a Alfred Bordier, que coordina las presentaciones de la Ópera de Pekín en América:

> Es lamentable que por razones extra artísticas ustedes no hayan tenido oportunidad de ver un espectáculo admirable por su gracia, color, frescura y refinamiento. Ojala tú puedas contribuir a que algún día puedan constatar en México lo que son capaces de realizar estos nuestros parientes lejanos.[12]

Su participación en el Movimiento por la Paz implica una toma de postura que la distancia del grupo Sur y, sobre todo, de Victoria Ocampo, cada vez más alineada con el anticomunismo, que se encarna, entre otros, en la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura creada en diciembre de 1955, y que tendrá a Ocampo entre sus fundadoras.[13]

En 1948 ya se habían expuesto estas tensiones en las páginas de *Sur*, al cuestionar Oliver la tendenciosa nota que, con base en una reseña del último libro de Henry Wallace, *Toward World Peace*, sostenía la tesis de que quien fuera vicepresidente de Roosevelt era comunista.

> En el Calendario del número 166 de *Sur*, bajo el título «Wallace y Burnham», se transcriben párrafos de una nota en

12. Carta del 20 de octubre de 1956; en Capilla Alfonsina.

13. «La Asociación era la filial del Congreso por la Libertad de la Cultura, fundado en 1950 en Berlín como parte de la estrategia cultural estadounidense durante la Guerra Fría. [...] Su reputación y actividades sufrieron un daño irreparable cuando una serie de artículos publicados en el *New York Times* en 1966 revelaron la participación de la CIA en su funcionamiento y determinaron el cese de sus actividades en 1967 y su reemplazo por la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, que finalizaría sus actividades en 1979» (Nalim, 2012: 123).

> la que Burnham, con el pretexto de analizar el último libro de Henry A. Wallace, *Toward World Peace*, hace algunas acusaciones y emite algunos juicios que yo, por pertenecer a la comisión directiva de *Sur*, me siento en el deber de rectificar (Oliver, 1948: 84).

Y fundamenta su apoyo al ex vicepresidente:

> He visto a Henry Wallace, durante y después de la guerra, trabajar y luchar por los principios que ahora proclama desde la plataforma de su nuevo partido y, lo que es más admirable aun, lo he visto vivir diariamente de acuerdo con dichos principios [...]; he recorrido (y vivido) en más de dos tercios de los Estados Unidos, y he tenido ocasión de hablar allí no solo con gente importante perteneciente a los dos partidos políticos tradicionales, sino con hombres y mujeres de las universidades, las fábricas, las oficinas, las escuelas, los negocios y los periódicos; por ello, sin necesidad de afirmar que es *un hecho*, puedo decir que con o sin el apoyo del relativamente pequeño Partido Comunista norteamericano, la gran nación del norte necesitaba una tercera fuerza o agrupación política, y que el único hombre capaz de ponerse hoy a su cabeza es Henry A. Wallace. [...] Lo apoyan quienes están de corazón en contra de la discriminación racial; lo atacan quienes están a favor de ella o los que solo se atreven a ofrecer a la gente de color «igualdad de oportunidades» en la vida civil, pero la separan de los blancos en las filas mismas de un ejército cuya misión es, según dicen, «defender la democracia». Lo apoyan quienes creen que la era colonial ha terminado o debe terminar; lo atacan aquellos que pretenden convertir a las demás naciones –y especialmente a las nuestras– en chacras o proveedurías de materias primas en beneficio de los *trusts* industriales. Lo apoyan quienes creen que los adelantos científicos y técnicos deben servir para liberar al hombre y darle mayor bienestar; lo atacan quienes quieren

> servirse de esos adelantos para esclavizar aún más al hombre y enviarlo a una nueva matanza (Oliver, 1948: 86-87).

Por su parte, Victoria le confía a su común amiga Gabriela su disgusto por la *ceguera* de Oliver. Le escribe desde París en septiembre de 1951, quejándose también de las persecuciones que sufre bajo el gobierno peronista:

> Imagínate que se me acusa de comunismo... ¡a mí! Te digo a mí porque odio esa forma del totalitarismo tanto como odio la forma nazi. No es poco decir. Esto me ha valido discusiones muy amargas con María Rosa, que está cada día más embarcada en el comunismo y, para mi modo de ver, cada día más ciega, más ofuscada, más exaltada en el error. No se puede conversar con ella sobre estas cosas (Mistral y Ocampo, 2007: 178-179).

En otra carta, en 1954, desde la casa de Mar del Plata donde las tres habían compartido muchos encuentros, le confiesa:

> Vivo muy aislada. No veo como antes a María Rosa (pero la he invitado a venir aquí, a tomar sus baños de mar, pues sé que de otro modo se quedaría sin verano) porque su comunismo ciego (disfrazado de pacifismo) me crispa. Como no quiero tocar con ella temas políticos y que la política es lo que hoy verdaderamente la apasiona a ella, estamos cohibidas en la conversación. Tengo entendido que su misión (la del pacifismo) la llevará pronto a Europa de nuevo. El gobierno no parece tenerla entre ojos como me tiene a mí. Creo que su fe comunista le llena la vida, lo que para ella es una suerte. Lástima, para los que no pensamos como ella, que esa sea su fe. Siento no tener una suma eficaz de mansedumbre y caridad cristiana para no sulfurarme cuando toca, con aire devoto, el tema de su predilección: las maravillas del sistema comunista y lo muy calumniados que son los dirigentes de ese partido incapaz de toda crueldad (ibíd.: 239).

Y una posdata: «Excuso decirte que lo de María Rosa es para mí un dolor».

En este contexto, Oliver recibe en 1956 el Premio Lenin, otorgado por la Unión Soviética; distinción que comparte con varias personalidades del mundo. Las repercusiones de este hecho marcan un punto de inflexión en la relación con *Sur* y con Ocampo. Vale la pena transcribir la nota para dar una idea del clima de ideas que rige en la revista. Bajo el título «Premios literarios argentinos. El premio Lenin», en la sección Calendario se menciona a los autores ganadores de los premios nacionales y municipales (Borges, Mujica Láinez, Viñas, entre otros). Y, sin solución de continuidad, se informa sobre el premio Lenin, con especial énfasis en la remuneración económica que se asigna a los premiados:

> Una recompensa bastante menos modesta, desde el punto de vista material, que las anteriores [...] es el Premio Internacional Lenin (ex Premio Stalin) por la promoción de la Paz entre los pueblos; acaba de otorgársele a una argentina, María Rosa Oliver, miembro del Consejo Mundial de la Paz. Salvo *Clarín* y el *Buenos Aires Herald*, ningún diario del país –que sepamos nosotros– ha publicado la noticia, dando pie a los comunistas para que afirmen, en este caso con razón, que también la prensa democrática entorpece a sus lectores con información «dirigida». Por eso lo destacamos especialmente. Junto con María Rosa Oliver han obtenido el premio Lenin (ex premio Stalin, repetimos)... (*Sur*, nº 250, 1958: 103-104).

Oliver le reprochará a la directora la hostilidad de la nota, bajo una apariencia de objetividad. Con todo el dolor que le causa, además, que Pepe Bianco, secretario de la revista, le informe que el texto inicial, redactado por él, había sido cambiado: «Yo había hecho sobre los premios una información puramente objetiva. Pero Vic la modificó en su segunda parte (la que te concierne). [...] Por eso suprimí mis iniciales» (Bianco, 2018: 55).

En su carta a Victoria, después de hacer una reseña sobre la historia del Premio Lenin y de quienes lo han recibido –entre ellos, varias figuras de la India, cuya lucha pacífica por su independencia resulta ejemplar para Ocampo–, marca punto por punto los aspectos más mezquinos de la nota sin firma aparecida en *Sur*:

> Moreno, febrero 15 de 1958
>
> Acabo de leer en *Sur* la nota sobre el Premio Lenín [*sic*]. Como no quiero tener reservas mentales contigo, ni dejar, tratándose de ti, clavada en mi corazón una de esas espinitas más dolorosas que las que se nos clavan en un dedo, te escribo enseguida. [...] Pepe me pidió *dos veces* los datos sobre este premio y sobre quienes hayan recibido otros iguales. Ante su insistencia le mandé lo que yo tenía, o más bien le informé sobre lo que yo sé de ellos por su obra, por su actividad o por lo que alguno de ellos me ha contado personalmente. [...] Que los premios antes se llamaban Stalin está bien decirlo: repetirlo, aunque con intención maligna, queda tonto. Conociendo el espíritu con que son dados, yo me hubiera sentido muy honrada de recibir este premio aun cuando hubiera seguido llamándose Stalin y pese a no estar hoy, ni haber estado nunca, de acuerdo en que se dé el nombre de un ser viviente a nada, ni calle, ni plaza, ni ciudad, ni recompensa. Los premios fueron instituidos por el gobierno soviético pero son dados por un Comité Internacional compuesto de doce personalidades destacadas en la ciencia o la literatura y pertenecientes a ocho países. [...] Dejo al final lo que a mí se refiere. Para quien redactó esa nota yo no soy más que «una argentina» [...] Comprendo las razones por las cuales en *Sur* no se dice hoy que he colaborado en sus páginas, ni que pertenezco a su comité de colaboración. Por estas mismas razones me parece absurdo que mi nombre siga figurando en la lista del Comité. [...] Ahora te ruego que lo retires. Hoy nada de lo que a mí me

> gusta decir, o considero necesario decir, tendría cabida en las páginas de *Sur*. Digo *hoy*, no digo mañana.

Y se despide: «Un abrazo *with my unshakable love*. María Rosa».

Las cartas que se intercambian en los meses siguientes parecen haber resuelto lo que Oliver, conciliadora, llama «nuestras habituales controversias fraternales». Ocampo no dejará de asistir a la entrega del Premio Lenin –aunque su nombre no figure entre las personalidades que convocan al banquete de homenaje. Una lista muy ilustrativa del conglomerado de grupos más o menos vinculados con un espíritu «progresista», ya que no siempre de izquierdas, de esos años en que la esperanza en un país más «moderno», y por lo tanto, amplio de ideas, tolerante, se ve fortalecida por el reciente triunfo de Arturo Frondizi en las elecciones de febrero de 1958. Bajo el título «María Rosa Oliver recibirá el 9 [de junio] el Premio Lenin por la Paz» se informa en *La Hora*, el órgano del Partido Comunista, sobre «la comida que ofrece un grupo de amigos a María Rosa Oliver», un evento que reunirá «a las más destacadas figuras de la vida política, social y cultural». Entre el centenar de personas que firman la invitación, aparecen los nombres de Gloria Alcorta, Miguel Ángel Asturias, Rafael Alberti, Saulo Benavente, Alejandro Casona, Agustín Cuzzani, Patricio Canto, Lucas Demare, Israel Dujovne, Beatriz Guido, Sara Jorge, Myrtha [*sic*] Legrand, Duilio Marzio, Cecilio Madanes, Adolfo Mitre, Pedro Orgambide, Gregorio Selser, Daniel Tynayre, Alfredo Varela, Gregorio Weinberg, Margarita Xirgu (*La Hora*, 10 de junio de 1958).

Pocos medios difunden este homenaje, que se realiza en el hotel Savoy de Buenos Aires. En la crónica de la jornada se reproducen los discursos de Boris Polevoi, escritor y ex combatiente de la Gran Guerra Patria, y de María Rosa Oliver.

CON LOS OJOS ABIERTOS SOBRE AMÉRICA LATINA

La década del sesenta encuentra a Oliver como integrante de una nueva red de confraternidades y militancias. Retomando lo señalado por Petra, en los cincuenta se estaba elaborando «una serie de sentidos y lecturas sobre el lugar de América Latina en el mapa político de la Guerra Fría, que en buena medida anticiparon el antiimperialismo que dominó las sensibilidades políticas del continente por los años siguientes» (Petra, 2023: 63). La entrada de Fidel y sus barbudos a La Habana es celebrada inicialmente por los opositores a Perón como otra derrota de un Tirano Prófugo, a lo que se suma el orgullo de contar con un argentino en aquella hazaña; pero el accionar del gobierno revolucionario pronto disipa esa ilusión mimética.

La Revolución Cubana marca así una nueva línea que divide posturas y adhesiones, como antes lo fueran la Guerra Civil Española o el peronismo. A fines de 1960, Bianco, secretario de *Sur*, es invitado a la isla como jurado del recién creado premio Casa de las Américas. Ocampo le pide una declaración donde deslinde su participación en la revista. Ante su escueta negativa (telegrama del 8 de febrero de 1961: «Considero innecesaria declaración. Pepe») (Bianco, 2018: 157). La Dirección de *Sur* publica una nota para aclarar la postura de la revista:

> El jefe de redacción de *Sur*, José Bianco, ha partido para Cuba invitado por la Casa de las Américas para formar parte de un jurado literario. La invitación le ha sido dirigida personalmente y nada tiene que ver su viaje con la revista donde trabaja, desde hace años, con tanta eficacia. Esta aclaración no sería necesaria y hasta sería ridícula, en tiempos normales. Pero el tiempo en que vivimos no lo es. El mundo está revuelto y la confusión se crea con pasmosa velocidad. Siempre hemos creído natural que las personas

> reunidas en nuestra revista por razones extrapolíticas y puramente literarias –ya que en nuestro Comité de Colaboración hay escritores de distintas ideologías– carguen cada cual con la entera responsabilidad de sus opiniones. La Dirección de *Sur* cree necesario repetirlo de nuevo (*Sur*, nº 269, marzo-abril de 1961).

La nota de la directora tendrá como inmediata consecuencia la renuncia de Bianco, después de veinte años de trabajo irreemplazable.[14]

En este contexto, donde la política internacional se convierte en algo personal para muchos, y en especial aquí para Ocampo, ella publica en nombre de *Sur* una declaración sobre Cuba totalmente alineada con las condenas del «mundo libre». Oliver sale a responderle con la misma efervescencia, reclamando por la falta de consultas para adoptar esa posición. Con una clara visión política e histórica, despliega una argumentación que la muestra como una mujer bien informada, gran polemista, razonadora y audaz en sus posturas:

> Buenos Aires, 29 de abril de 1961
>
> Querida Victoria: Dos veces te propuse que me sacaras del Comité de Redacción de *Sur*. [...] Supuse que no tomaste en cuenta mis sugerencias por razones de cariño y consideración. Creyéndolo así, te imaginarás cuál no ha sido mi sorpresa al leer hoy en *La Nación* una declaración que se refiere a los últimos acontecimientos de Cuba, hecha «por el Comité de Redacción de la revista Sur y que lleva la firma de su directora». Puesto que yo seguía figurando en ese Comité

14. Al regresar de Cuba entró a trabajar en Eudeba, dirigida entonces por Boris Spivacow, y allí creó la célebre colección Genio y figura. En su correspondencia, publicada recientemente, se pueden seguir los avatares de su vida de editor.

> ¿no crees que te correspondía habérmelo advertido? En todo caso te hubiera dicho que borraras mi nombre, como ahora lo hago. Que yo recuerde no he visto en *Sur* ninguna censura contra los crímenes que cometió Batista durante su segundo gobierno, y tampoco ninguna frase de regocijo saludando a la revolución que lo derrocó. Me dirás, como tantas veces me lo has dicho, que *Sur* no es una revista política. Entonces ¿a qué responde la declaración de hoy? Declaración que, por otra parte, considero esencialmente equivocada.

A continuación, enumera las pruebas de la intervención norteamericana contra la revolución cubana; y da su opinión sobre los fusilamientos de algunos contrarrevolucionarios, un tema de fuerte debate en esos primeros años:

> Por temperamento soy contraria a la pena de muerte, incluso cuando se la aplica a delincuentes de derecho común. Y me parece aún más atroz cuando previamente se la rodea de un frío y espectacular aparato legalista, como en los preparativos a la silla eléctrica o en los procesos de Núremberg, Moscú y otros. Y a la vez, de haber pescado en «acción», por ejemplo, a un Eichman, no me hubiera costado mucho bajarlo de un tiro. En cuanto a los derechos humanos, incluyen otros además del de no ser condenado a muerte. Incluyen el de no morir de hambre, el de no ser explotado, el de tener instrucción, el de contar con la necesaria asistencia médica, el de vivir con dignidad. [...] En consecuencia si, como afirma la declaración de *Sur*, los miembros del Comité de Redacción están «convencidos de que hay que luchar sin tregua para que las reformas económico-sociales se lleven a cabo con eficacia, cordura y rapidez para el bien de todos», lo lógico sería que apoyaran a quienes están realizando tales reformas y no a quienes tratan de impedirlas. Cuando en verdad la violencia repugna, no se condena únicamente la violencia a la que se recurre para ponerle fin y se omite la empleada para perpetuarla. Con el cariño de siempre, te abraza Mari Rosa Oliver.

Se trata de un período especialmente álgido en la política Norte-Sur. Entre los numerosos intentos de derrocar la Revolución, en abril de 1961 se organiza la invasión de Bahía de Cochinos, cuya trama, descubierta por Rodolfo Walsh en su terrestre oficio de criptógrafo, desemboca en la derrota de las fuerzas invasoras. El gobierno de John F. Kennedy busca entonces un consenso diplomático para aislar a Cuba, y las dos conferencias de Punta del Este (agosto 1961 y enero 1962) tienen como resultado su expulsión de la Organización de los Estados Americanos (OEA), aprobada por todos los países, con la única y honrosa excepción de México.

Ernesto Che Guevara, representante de Cuba en ambas conferencias, realiza diversos viajes, en forma discreta, para concretar acuerdos con algunos países de la región. Así es como llega a Buenos Aires para entrevistarse extraoficialmente con Frondizi, pero las negociaciones solo logran que Argentina dilate un breve tiempo su voto contra Cuba, mientras que los militares inician la cuenta regresiva para acabar con el ya debilitado gobierno del «presidente comunista».

En ese brevísimo viaje, según una tradición, el Che realiza otra visita. María Rosa alude en sus memorias a un objeto olvidado que, como le señala Pepa, su asistente, debería guardar como recuerdo, porque «podría ser cosa de museo». Es *algo histórico y enternecedor*: «una boina muy usada con una pequeña estrella plateada» (*Fe*: 233). La alusión, tan sutil, parecería estar protegiendo, años después, la clandestinidad de aquella visita excepcional y fugaz.[15]

Por su parte, Bianco le escribe desde Cuba, entusiasmado con la vida de la joven Revolución que «disfruta del presente pero piensa constantemente en el porvenir», para persua-

15. El 21 de marzo de 1967 el Che anota en su diario que mandó saludar con un enviado, en Buenos Aires, a su padre y a Oliver: «Yo le propuse [...] ser una especie de coordinador. [...] Debe saludar a María Rosa Oliver y al viejo» (Guevara, 1997: 78).

dirla de que vaya a conocerla: «*María Rosa, tienes que venir a Cuba*». Entre otros estímulos, le dice que ha hablado con los editores cubanos sobre su libro en preparación (*Mundo mi casa*), y le ofrecen publicarlo, «independientemente de la edición argentina» (Bianco, 2018: 56).

Poco después, Oliver es invitada a Cuba como jurado del Premio de Casa de las Américas. En un texto que escribe para la revista, en noviembre de 1967, narra los dos encuentros en los que conversa largamente con aquel que «es posiblemente uno de los varios niños que, treinta años atrás, vi jugando, entreverados y barullentos, en casa de una tía». Comparten un espacio de familia, pero sobre todo un espacio de ideas: el Che le comenta que Celia, su madre, asistió a las conferencias que María Rosa dio a su regreso de China. Desde esa cercanía, pueden divertirse con la sorpresa de una amiga porteña ante los «buenos modales» del Che en la Conferencia de Punta del Este:

> «Hay que librarse del complejo de origen. Yo lo he logrado». «¿Del de origen o del de clase? ¿De la clase para la cual usted es un traidor?» «Como usted», me responde. Y ambos reímos. Le explico la fea reacción de la gente de mi barrio oligárquico cuando la caída de Perón. «La burguesía perdona más el despojo que la ofensa», me dice (Oliver, 1968: 93).

«Desde hace cinco años usted está perdiendo el tiempo», la conmina el Che. Reflexiona Oliver: «Cinco años, justamente el tiempo transcurrido desde la noche de verano rodeada de luciérnagas y sonora de grillos en que por la radio oí proclamar la victoria que nos señalara, sin que yo en ese instante lo advirtiera, un nuevo rumbo a seguir». Al concluir ese encuentro –que será el último–, le dirá «lo que a nadie, nunca, me sentí impulsada a decir: que desearía ser su madre».

La década del sesenta es una etapa de efervescencia creadora, donde se vive *en el ardiente amanecer del mundo*, como

dijera Octavio Paz de otros tiempos fervorosos. Se cuestionan dogmas políticos, estructuras sociales, modos de vivir.

Para Oliver son años de gran actividad. Aunque cada vez más restringida físicamente, no detiene su labor intelectual, social y política. Forma parte del consejo de redacción de diversas revistas, continúa su tarea de traductora, da entrevistas, está atenta a la creación de la innovadora *Primera Plana*, donde la convocan en 1969 como jurado del Premio Primera Plana-Sudamericana, junto con Severo Sarduy, Juan Carlos Onetti y Tomás Eloy Martínez. A pesar de las presiones para premiar a un postulante argentino, ella y Onetti inclinan la votación en favor de un desconocido escritor peruano, Luis Urteaga Cabrera. El episodio es muy revelador del clima de época. La novela premiada con el voto de Oliver y Onetti, *Los hijos del orden*, que narra un motín en una cárcel de menores, sufre la censura de la Argentina de Juan Carlos Onganía, por lo cual se cancela su publicación. Aparecerá en Perú unos años más tarde, en 1973, al ganar el Premio Nacional de Novela José María Arguedas (O-G: 39, nota 1). Sarduy había votado por un argentino, cuenta Oliver, «cuya novela él y yo conocíamos, *además de muchas otras personas*». El *lobby* se había realizado a favor de Manuel Puig y su novela *Boquitas Pintadas*, presentada bajo el título *Tangos y boleros* (ibíd.: 31, nota 5).

La convocan a mesas redondas, como la que integra con Jorge Luis Borges y su ya recuperada amiga Victoria por el Año del Libro declarado por la Unesco. Con la libertad que disfruta en las cartas a sus amigos más cercanos, comparte con Guasta el divertido recuerdo de esa participación, a la que Ocampo quería negarse después de leer las declaraciones (*pelotudeces*, dice Oliver; *boutades*, dicen los amigos benévolos) de Borges para *La Nación* (ibíd.: 142-143).

Desarrolla una animada vida social y cultural: reseña para Guasta *Satiricon*, vista en función privada; le recomienda *Z*, el film de Costa Gavras, «tan actual», le dice; en teatro, va a ver *Las criadas*, que le parece una obra ya envejecida; asiste

al estreno de *Don Segundo Sombra*, de Manuel Antin, donde elogia el desempeño de «el hijo de Esmeralda» (Almonacid), pero cuestiona el argumento «un tanto chirle». Y refuerza su opinión: «A los bienpensantes [...] les acalla la conciencia esta frase de Güiraldes: "La Pampa es tanto del resero como de los dueños de la tierra". Evidentemente, si es así, ¿para qué el Estatuto del Peón y otras innovaciones por el estilo?» (ibíd.: 59).

En 1974 forma parte del grupo de intelectuales convocados por *La Opinión Cultural* para un debate en torno al caso Julio Cortázar: en esta ocasión, para juzgar la actitud del escritor al donar el Premio Medicis, otorgado a su novela *El Libro de Manuel*, a la resistencia chilena contra la Junta Militar. El diario de Jacobo Timerman pide opinión a –en orden alfabético– Haroldo Conti, Aníbal Ford, Ernesto Goldar, María Rosa Oliver, Ricardo Piglia y Jorge Abelardo Ramos. Desfilan aquí en el análisis de la obra de Cortázar –que alguno asume no haber leído–, y, sobre todo, de su (cuestionado) lugar de residencia en Europa, categorías como *colonización ideológica*, *socialismo de consumidores*, *humanismo para europeos*, aportando una radiografía de un universo congelado en torno a consignas. Dos de los consultados se posicionan a favor de Cortázar: María Rosa y Haroldo Conti. «Según su conciencia», titula Oliver su aporte. Además de declararse socialista, como Cortázar, recuerda, frente a la condena *patriótica* por residir en el exterior, que «el mejor libro que sobre nuestro campo he leído fue escrito en Inglaterra a los cuarenta años de haberse alejado su autor para siempre del país: ese libro se llama justamente *Allá lejos y hace tiempo*. Su autor, Guillermo Enrique Hudson» (Oliver, 1974b: 2).

Por su parte, Conti apunta sagazmente al hecho de que «al juzgar a Cortázar –un escritor a quien admiro y respeto– nos juzgamos sin remedio nosotros». Y concluye:

> Creo que es bueno que se quede allá aunque no sea más que para eso [ayudar con su premio a los hermanos chilenos, o denunciar la cárcel y las torturas a un compañero].

> Porque *cuando enmudezcan todas las voces*, habrá todavía una, salvada por la distancia, que señale y condene, que denuncie y ayude, que movilice y congregue (Conti, 1974: 4; destacados míos).

(La voz de Cortázar será, efectivamente, una de las que movilice en torno a la desaparición de Conti, apenas dos años después).

Atenta a la realidad política, Oliver comparte con su amigo Guasta noticias de un tiempo sin respiros: Onganía, el Cordobazo, la persecución a los curas del Tercer Mundo y la revista *Cristianismo y Revolución*, la cárcel para Casiana Ahumada (viuda del director, Juan García Elorrio, muerto en un sospechoso accidente de tránsito), la masacre de Trelew.

Durante la mayor parte de su vida había estado alejada de la religión según las prácticas y concepciones familiares; pero, en estos años, el surgimiento de lo que entiende como un cristianismo más auténtico la lleva a participar de grupos como los que se reúnen en torno al Padre Arturo Paoli, una figura que atrae a muchos jóvenes por su compromiso y su profundidad.[16] Es una nueva forma de entender la fe, que comparte con su viejo amigo Enrique Sánchez de Lozada, de visita en Buenos Aires en 1969:

> Yo acababa de leer *El fin del cristianismo convencional*, del sacerdote holandés W.H. Van de Loo, que me ayudó en la búsqueda de nuestra esencia. Se lo di a Enrique y convinimos en que esa inquietud o impulso, o como quiera llamársele, es lo que nos había salvado de ser unos oligarquitas de mierda (O-G: 55-56).

16. Frente a las crecientes amenazas de la Triple A, su congregación, los Hermanitos de Jesús, lo obligará a salir de Argentina en 1974; pasa sus últimos años en su tierra natal, la Toscana, donde muere en 2015, a los 103 años.

Y escribe. Ahora sí, escribe sobre su vida, sus recuerdos, su historia. Si durante muchos años la tarea política la había comprometido con escrituras más *urgentes,* ahora siente que es el tiempo para decir lo suyo. En años anteriores, asomaba siempre en sus textos el tironeo entre el compromiso y el espacio para escribir «a su gusto». Así, en 1949, cuando desempeñaba funciones de responsabilidad en el Movimiento por la Paz, le respondía a Gabriela Mistral, que le reclamaba su falta de correspondencia:

> [En esos momentos] ¿crees que podía tener ánimo, y cabeza, para ponerme a escribirte? Ahora bien, tú dirás: ¿Para qué hace tantas cosas esta bendita mujer? Yo también suelo hacerme esta pregunta pero ¿qué quieres? No puedo negarme a la acción. Si me niego a ser útil por escribir lo mío luego lo escrito me da rabia; siento que no vale la pena. Sin embargo, solo estoy mínimamente satisfecha y serena cuando escribo a mi gusto (Barrera, 2012: 220).

A su amigo Reyes:

> Alfonso, necesitaría mucho de tus consejos para la biografía de W.H. Hudson que estoy escribiendo.[17] ¡Escribo tan mal! Soy tan torpe para decir lo que quiero decir. Bien has de verlo en mis cartas. No obstante me es imposible

17. Carta del 27 de julio de 1947; en Capilla Alfonsina. Oliver trabajó mucho sobre Hudson, reuniendo durante años materiales en distintas bibliotecas, como señala en sus cartas, con la idea de hacer *una vida novelada* del escritor. Su obra estuvo anunciada en el catálogo del Fondo de Cultura Económica (FCE), pero no la concretó, no sabemos por qué razón. De hecho, el libro que publicó el FCE le pertenece a Ezequiel Martínez Estrada, *El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson*, 1951. De Oliver solo encontramos un artículo, escrito desde Estados Unidos, sobre dos figuras igualmente originales y entrañables para ella: Hudson y Figari (Oliver, 1943).

> resignarme a no escribir. Únicamente ante mi máquina de escribir me siento yo misma y por lo tanto feliz.

Y en su discurso al recibir el Premio Lenin: «Al dedicar estos últimos nueve años gran parte de mi vida en favor de la paz, he dejado quizás de escribir algún libro, o lo que es peor, me ha faltado tiempo para leer, como lo he deseado, algunos libros escritos por otros».

Pero ahora, «por haber llegado a una edad en que solo pued[e] ser espectadora de los acontecimientos» (O-G: 142), se siente libre para *escribir a su gusto*. Muchos años atrás, en 1940, ya había publicado en *Saber Vivir*, la bella revista que reunía a una parte del exilio español con autores e ilustradores de estas orillas, algunos recuerdos: «Encuentro con el mar», «El olor a casa de campo», «Navidades porteñas», «Buenos Aires en verano». Y poco tiempo después, en su misión en los Estados Unidos, descubría el interés que despertaba en sus alumnas:

> Les interesaban sobremanera los recuerdos personales, mis recuerdos de infancia. Estos me fueron especialmente útiles el 4 de julio del año pasado, ocasión en que tuve que contarles cómo pasábamos aquí el día de la Independencia. Allá en la sala de muchas ventanas acudieron a mi memoria innumerables 9 de Julio: las salvas de la mañana, los desfiles escolares con delantales bancos [...] y –donde lo podía haber– el chocolate caliente y las pilas de sándwiches, de masas y de yemas (A: 16).

Podría pensarse también en el estímulo de su amiga Ocampo, que había comenzado a escribir sus memorias en 1951 –aunque con la reserva de que no se dieran a conocer durante su vida. Al aparecer *Mundo, mi casa*, Victoria publica en *Sur* algo que es mucho más que una larga reseña: es un diálogo de recuerdos, de historias compartidas. Y también, un mensaje de amistad recuperada:

> Sobre esto de recordar la infancia tengo experiencia, pues hace más de treinta años que tomo notas o trato de escribir mis memorias. El pasado que evoca *Mundo mi casa* (con un *décalage* de unos cuantos años en que poco varió el panorama circundante) es el mismo que yo he conocido: las circunstancias, el medio ambiente, salvo matices, son casi los mismos. En todas estas cosas, y por todas ellas, María Rosa es mi hermana menor. Una compatriota en lo vivido en una época, un lugar, un tipo de familia, un repertorio de reacciones ante el medio, un amor a padres y hermanos que ninguna discrepancia de orden intelectual (y vaya si las hubo) pudo destruir. [...] Cerrando el libro de María Rosa, que recomiendo a los lectores de *Sur*, libro donde encuentro tantas cosas que le he oído comentar con gracia antes de que con la misma gracia las escribiera, pienso que no hay antípodas en la geografía del corazón (por más que quieran crearlas). Teilhard de Chardin ha escrito que el poder de amar «es la más formidable y la más misteriosa de las energías cósmicas». Cuando esta verdad se hace carne, uno puede estar impunemente en desacuerdo sobre la elección de «caminos» a seguir. *Si el camino es el del amor*, todo camino nos llevará al mismo punto central (Ocampo, 1965).

El segundo volumen, *La vida cotidiana* –que por cierto espera una reedición–, se publica en 1969, en Sudamericana. El hecho de que una editorial que atraviesa su época más brillante, bajo la dirección del gran editor que es Paco Porrúa, quiera incluirlo en su catálogo revela el interés que despiertan las memorias de esta mujer que recupera la historia del siglo a través del prisma de su mirada crítica.

La reseña de Tomas Eloy Martínez en *Sur* destaca por su originalidad y perspicacia. «En la fauna de la literatura, los libros de memorias son erizos», comienza; y se pregunta:

> ¿Qué harán los guardianes de los erizos con María Rosa, criatura inclasificable, que se ha vestido con un ropaje de

> púas sedosas solo para ocultar las ortigas que yacen debajo? [...] Ernest Cassirer sostenía que los grandes textos autobiográficos responden, en verdad, a una «memoria simbólica» que permite no solo repetir la experiencia pasada «sino también reconstruirla»; la imaginación, así, es el elemento insustituible de «los mejores recuerdos». María Rosa Oliver ha unido en un solo haz la imaginación y la veracidad, la crónica y la novela, la abominación de una realidad decrépita y la conciencia lúcida de sí. Esa es la mejor señal de que un testigo puede, a la vez, ser un creador de primer orden; de que el amor es, ante todo, una batalla (Martínez, 1969).

Este libro era esperado por Oliver con impaciencia: en carta a Guasta (junio 1969) le cuenta su fastidio porque Porrúa le anuncia la publicación *recién* para agosto (¡solo tres meses más tarde!). «Me da rabia, pero no tengo ganas de "presssionar" [*sic*] a mi vez. Detesto ser manager de mí misma» (O-G: 32). La obra tiene buena acogida: «Mi libro, según dicen, "vende bien" y hasta ahora solo he leído críticas favorables (la unanimidad me preocupa un poco en cuanto a la claridad de su mensaje). Hasta *La Nación* lo ha comentado con un semi elogio a mi libertad de criterio» (ibíd.: 80).

En cambio, el tercer volumen, esperado por todos, le resulta muy difícil de emprender. Los tiempos no son los más propicios. «Estoy con un desgano de escribir que nunca he tenido», le confiesa a Guasta, en julio de 1969. Y ese malestar se agudiza al ritmo de los tiempos oscuros que se precipitan «como un alud». En enero de 1970, desde su casa junto al mar, le confía: «[No he escrito mucho todavía] pero el terminar el tercer libro de recuerdos se me ha vuelto un deber. En la solapa del último se promete ese libro: no hacerlo equivaldría a darme por vencida» (ibíd.: 88).

Finalmente, el editor Carlos Lohlé la persuade de entregar los capítulos del que será el último tomo de sus memorias: un texto no acabado, fragmentado, con problemas de

edición. El volumen ofrece el testimonio de sus experiencias más claramente políticas: desde la Guerra Civil Española y su actividad con los exiliados hasta el 17 de octubre de 1945. El relato de su misión en los Estados Unidos, desde la perspectiva de treinta años después, ofrece un lúcido análisis de la política del Hermano Mayor respecto de los países al sur del Río Bravo, una vez terminada la guerra para la cual se requería su adhesión. Asistimos así a una suerte de reescritura de su libro de 1945, *América vista por una mujer argentina*, con las reflexiones, los comentarios, las observaciones críticas que no tenían lugar, obviamente, en el libro nacido como una herramienta más para la causa de los Aliados.

Un ejemplo para ilustrar este proceso de reescritura. La anécdota sobre la joven pareja que compartía con toda naturalidad las tareas domésticas y el cuidado de los hijos narrada en *América*... concluye: «Salí de la casa maravillada y habiendo aprendido una gran lección» (A: 69). El episodio vuelve en *Mi fe*..., con el recuerdo de aquel hogar de Boston donde «gocé de la paz que infunde comprobar que entre el hombre y la mujer puede haber esa igualdad mutuamente aceptada, mutuamente consentida». Pero ahora se suma una imagen ominosa:

> Pasos de pies descalzos, pasos de niños oía en el piso alto mientras sus padres se atareaban para atenderme bien. Cierro los ojos y sigo oyendo esos pasitos y me pregunto si esos pies –de chico o chica– no se habrán podrido enterrados en las ciénagas de Vietnam (*Fe*: 250).

En sus memorias, Lohlé dedica dos capítulos a Oliver, de quien Jacques Maritain, que la había conocido en Buenos Aires en el congreso del Pen Club (1936), le había dicho: «Es la mujer que más me ha impresionado en toda América del Sur» (Lohlé, 1986: 240). Según su relato, en el último verano en su casa hospitalaria y pintoresca en Las Toninas le había arrancado

> casi *manu militari*, después de años de promesas, el manuscrito de su tercer libro de memorias [...] Prometía siempre entregármelo pero pareciera que inconscientemente no quería deshacerse del mismo, poniendo siempre mil excusas de corrección, revisación, pasar en limpio, etcétera, de miedo tal vez a que una vez entregado debería morir (ibíd.: 237-238).

Para convencerla, le aconseja que divida la obra en dos partes, dejando para más adelante la segunda. Pero esa segunda parte no llega a terminarse: María Rosa fallece en abril de 1977.

Mi fe es el hombre, con el título propuesto por el editor, aparece en 1981. Año oscuro en nuestra historia, donde la memoria de épocas de luchas y fraternidades evocadas por Oliver en su libro encuentra ecos muy distintos en los lectores. *La Nación* publica una reseña de Eduardo González Lanuza, por cierto en las antípodas del retrato que hiciera de ella para la revista *Conducta*, cuando la elogiaba como:

> Traductora de Waldo Frank, organizadora y animadora del Teatro La Cortina, María Rosa siempre encuentra tiempo para dedicarlo a toda causa noble, no como quien cumple un deber humanitario, sino con el libre goce que proporciona la realización del propio destino (González Lanuza, 1943).

En cambio, en 1981, al reseñar *Mi fe es el hombre* para *La Nación*, bajo el título «Galería de personajes», dedica más de un tercio de la nota a hablar de su «incapacidad» física; tal vez para no seguir explayándose en lo que considera su *ingenuidad* política y los desentendimientos que sus ideas provocaban en los que fueran en un tiempo sus compañeros. Fiel a su férreo y ya algo vetusto antiperonismo, González Lanuza le atribuye su propio sentir frente a «la cruda demagogia [del peronismo] que no podía menos que repugnar a su fe en el hombre, ingenua, pero no tanto». Y lamenta «no hallar en este volumen incluidas sus experiencias durante sus viajes

por los países comunistas para poder contrastar, con sus más y sus menos, las tan sagazmente anotadas en los países de América» (González Lanuza, 1981). Para este antiguo colaborador de *Sur*, ella sigue siendo «Rosita la Roja».

Desde otro lugar –el lugar de la amistad y la admiración–, la reseña de Pepe Bianco publicada en México en el periódico *Uno más Uno* lleva como título «Recuerdos de María Rosa Oliver». Recuerdos que también le despiertan recuerdos. Bianco evoca el origen de su amistad, «que comenzó cuando comienza el libro del que hoy me ocupo». Un libro, dice, que «trasunta optimismo, que buena falta nos hace en el día de hoy». Y desde la cercanía de esa larga relación aporta una mirada llena de lucidez y afecto:

> Creo que durante los años que abarca este libro –de 1936 a 1945– quizás María Rosa no se haya sentido nunca más contenta, y al decir contenta quiero decir de acuerdo consigo misma, porque, no obstante los halagos que hubiera podido ofrecerle su medio social, y a pesar del cariño de los suyos, con los cuales fue siempre tan unida, María Rosa entró por fin en el mundo que realmente le interesaba: el mundo de las ideas, las artes, las letras, la política; creo también que esos años han sido los que mejor han favorecido sus virtudes.
> María Rosa no hizo ya viajes de placer, sino viajes de trabajo, que era lo que más placer le daba [...] María Rosa era una amiga devota de sus amigos, pero no se detenía en sus amigos. Iba más allá. A través de sus amigos era amiga del hombre. Había puesto su fe en el hombre, en el espíritu del hombre (Bianco, 1981).

HACIA EL FINAL

A través de la correspondencia con Guasta, que citamos extensamente, podemos asomarnos a los últimos años de María Rosa. Entre las noticias de la vida política y social,

los comentarios sobre la gente conocida y los chismes que a ambos los divierten, estas cartas son un valioso testimonio tanto de una excepcional amistad como del devenir de una década especialmente agitada e inquietante. Esta mujer siempre atenta al curso de la Historia se siente sin herramientas: «Parece faltarme tiempo para seguir, interpretar y prever el curso de los acontecimientos. Se acercan tiempos difíciles», escribe en julio de 1969, poco tiempo después del Cordobazo (O-G: 44-45).

Frente a esta incertidumbre, el espacio de felicidad se recupera entre los niños. En la familia numerosa de los Oliver, los sobrinos y sobrinos nietos la llenan de alegría, son su descanso, dice, mientras relata las graciosas salidas de los chicos. Pero también inauguran un espacio para el dolor: «Mis dos hijas-sobrinas y sus hijos me dan felicidad y por eso un continuo temor de que algo pueda sucederles. Con todo amor ha de suceder lo mismo» (ibíd.: 144).

Y ese temor se hace realidad durante el verano de 1975, en el accidente de carretera donde muere su sobrina Joaquina con sus dos hijas, Ángeles e Isabel:

> Isabel –ya de 13 años– era la luz de mi vida. Desde que nació, pensar en ella era un bálsamo a cualquier dolor, pena o contratiempo. [...] Estaba floreciendo de manera maravillosa: en gracia, bondad, serenidad, interés por la vida [...] Sé que con ella me han arrancado el pedazo de mí misma que me compensaba de todo y me permitía seguir tirando (ibíd.: 202 y 204).

Pero hay que continuar a pesar de sentirse *mutilada*, le dice, «para poder seguir siendo, con mis modestos medios, útil a los demás. Para seguir tirando del carro en que, cada uno a su modo, nos hemos atado» (ibíd.: 221).

Los últimos veranos en Las Toninas son, a pesar de todo, un remanso: allí, con su familia y los amigos más cercanos –Bianco, Sara Jorge, Frontini con su hijo y su pequeño nieto,

entre otros–, comparten largas charlas en «la pagoda», la casa construida por su hermano Samuel, inconfundible en su originalidad. Un ambiente «casi sin paredes, espacioso y transparente a causa de siete ventanales, de los cuales muchos dan al mar» (Lohlé, 1986: 234).

(Ese mar, o más justamente, ese Río de la Plata que se ve desde los grandes ventanales, va a devolver en diciembre de ese año de 1977 los cuerpos de las mujeres secuestradas en la iglesia de Santa Cruz. Pero ya María Rosa no volverá a esas playas).

El 19 de abril fallece en su casa de la calle Guido, de manera inesperada para sus amigos y familiares. Victoria le dedica una carta emocionada, escrita desde la casa de San Isidro donde habían compartido tantos encuentros durante su larga amistad; con tensiones que se habían resuelto en los años de la vejez, cuando volvían a encontrarse en la incertidumbre frente a lo que pasaba en el país y en el mundo, y en los intereses compartidos en una siempre renovada juventud –como le escribía María Rosa desde Las Toninas al felicitarla por su cumpleaños 84.[18]

Ya estaba impreso el número de *Sur* dedicado a André Malraux (1901-1976), sobre el cual las dos habían conversado, como siempre, en esa tarea de consultoría que era una de las facetas de su vínculo intelectual y afectivo. Por eso se incluye solo como separata la carta de Ocampo, donde se suceden los recuerdos. Entre los momentos evocados, me interesa destacar un pasaje que dice mucho de Victoria, al hablar de la invalidez de su amiga. Obligada a contar siempre con ayuda para sus desplazamientos, Oliver no convertía su situación en un tema central ni recurrente en sus charlas ni en sus escritos. Al recordarlo, reflexiona Ocampo:

18. «Felicidad, salud y ánimo para el nuevo año de juventud que comienza» (abril, 1974).

> En la época en que pasábamos largas temporadas en Mar del Plata [...] yo recogía hojas, algas para que las miraras de cerca, segura de que te maravillarían como a mí. No se me ocurría que te hubiese gustado buscarlas, caminando por el césped o la arena. Nos hacías olvidar esa invalidez con tu fuerza vital y espiritual. Tamaña privación no parecía pesar en tu vida. En ningún sentido, fuera de la ayuda que necesitabas para moverte. Por eso, nunca nos dabas tiempo, cuando estábamos a tu lado, para acongojarnos porque te faltaba lo que nos sobraba: andar sola, sin depender de apoyos, por el mundo. (Ese mundo que sin embargo fue tu casa). Lo olvidabas o fingías olvidarlo de modo tan perfecto que nos contagiabas. Lo que te quitó el destino era, sin embargo, un bien incomparable. Ahora que no estás presente para borrar el hecho de nuestra conciencia, crece en ella. Descubrimos otra forma de tu generosidad: nos enseñaste (sin que casi lo percibiéramos) a no tenerte lástima (Ocampo, 1977).

Y la foto que elige para acompañar este homenaje muestra a María Rosa sentada en la escalinata de la casa junto con Victoria, Mallea, Waldo Frank. En la plenitud del verano, de la amistad, de la alegría.

ÚLTIMAS IMÁGENES DE MARÍA ROSA OLIVER

> La dinámica de la vida y de la historia ha modificado mi criterio. Sin desviarlo, así lo creo, de las convicciones que nos hacen optar por lo que da un sentido y un derrotero a la existencia (Fe: i).

Esta mujer que atravesó gran parte de un siglo marcado por radicales transformaciones reflexionaba así al final de su existencia. Y podía confirmar su coherencia, su *fe en el hombre*, a lo largo de ocho décadas vividas intensamente. Desde

su infancia *capitonnée* –para usar sus palabras–, en una familia de la clase alta porteña, hasta su primera juventud llena de inquietudes culturales y artísticas, se verá interpelada, junto con sus amigos más cercanos, por los golpes del siglo: la Guerra Civil española, el fascismo, la Segunda Guerra. Y siempre va a responder al llamado con las herramientas de que dispone: hospitalidad a los perseguidos, difusión de ideas y proyectos a través de la palabra, participación en organismos de defensa de la libertad y la justicia.

Y después, en esa *dinámica de la vida y de la historia*, va a orientarse hacia la lucha por la paz, junto a sectores de izquierda; y más tarde, siguiendo el devenir de estos procesos, hacia los movimientos antiimperialistas. Hasta que, finalmente, la amistad con quienes profesan una fe más auténtica que la religión convencional la lleve a compartir, en voz baja, esa fe.

Testigo de ese siglo, protagonista, escriba de sus devenires: «Un testigo puede, a la vez, ser un creador de primer orden», decía de ella Tomás Eloy Martínez. De su obra, en gran medida dispersa, son sus libros de memorias los que le dan el lugar de escritora que ella misma se reprochaba no ocupar. Hablábamos al comienzo de esas figuras que quedan en segundo plano, invisibles hasta que empezamos a prestarles atención. Y ahí es donde van tomando relieve y las descubrimos, en los lugares más inesperados, en los grupos donde no se las menciona, en las fotografías con caras sin nombre.

A lo largo de su vida, tuvo que escuchar muchas veces que la calificaban de ingenua. Dice en el prólogo de *Mi fe es el hombre*: «Quienes obran guiándose por aquello de que "desde que el mundo es mundo..." suelen tacharme de ingenua» (*Fe*: v). Y agrega: «Los que nos tachan de ingenuos, de utópicos, de "idiotas útiles", ellos sí cantan victoria ante cada una de nuestras decepciones» (ibíd.).

No es el único rótulo que se le va a adosar, a lo largo de una trayectoria siempre en equilibrio, diríamos, entre grupos habitualmente contrarios, o al menos, poco afines, que

no dejan de mirarla con sospecha. En el lugar siempre complejo de la frontera, Oliver será muchas veces objeto de un *cascoteo*, que, aunque hecho de palabras, no habrá dejado de ser molesto, cuando no doloroso. Van dos anécdotas que corresponden a distintos momentos de su vida.

* *Mi hermana*

A finales de los años cuarenta, en épocas de gran visibilidad por sus actividades, Oliver se convierte en blanco predilecto de las críticas burlonas de «José Pérez», seudónimo de Arturo Jauretche en la revista *Descamisada* (1946).[19] Con escasa información y bastante mala leche, le atribuye a Oliver –que estaba en Estados Unidos, completando la segunda parte de su misión de Buena Vecindad– palabras de desprecio hacia «esta tierra de *sauvages*». La muestra también como frívola comentarista de modas (¡!) y, en este caso acertadamente, como invitada a la comida ofrecida por Braden a su regreso a Washington, en la que también participa Gustavo Durán.[20] En la Columna «Gran Mundo. Sosiales» [*sic*], de los números 12, 14, 15 y 16 (abril-mayo, 1946), abundan las referencias a «la chica de Oliver», que después desaparece de escena. ¿Qué había pasado? Lo narra el propio Jauretche en *El medio pelo en la sociedad argentina*:

> Para esa época escribía yo en una revista populachera y humorística que se llamaba «Descamisada». [...]. Yo no tenía la menor idea de quién era María Rosa Oliver, pero como esta viajaba constantemente y la crónica periodística destacaba su presencia en los altos círculos políticos y gobernantes de las metrópolis imperiales y democráticas, se

19. Agradezco esta referencia y el material consultado a Darío Pulfer.

20. En sus memorias, Oliver hace referencia a este almuerzo que ofrece Braden, «ahora subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos» (*Fe*: 315).

> me ocurrió utilizarla aprovechando su filiación comunista para atribuirle la tarea de «Consejera de Modas» de las izquierdas que se incorporaban al gran mundo. [...] Una mañana estaba sentado en una mesa con Juan Pablo Oliver, cuando entró Libertario [un delegado obrero] preguntándome:
> –¡Che!... ¿Quién es esa María Rosa Oliver que nombrás tanto en «Descamisada»?
> Juan Pablo Oliver se apuró a advertir:
> –Es mi hermana.
> [...] Inútil es decir que, por solidaridad con el hermano que estaba en nuestra línea y es mi amigo, cambié de corresponsal (Jauretche, 1967: 282).[21]

* *La elegancia de las quintas*

Veinte años más tarde, desde otra perspectiva y con otros actores: en enero de 1964 aparece en *Hoy en la Cultura*, la revista dirigida por Juan José Manauta y a cuyo comité de colaboradores pertenece Oliver, una nueva sección titulada «Anticipos». Antes de presentar allí un fragmento de sus memorias, María Rosa ofrece unas líneas donde cuestiona la imagen que dan de ella algunos compañeros de ruta, al reunir en un mismo grupo a tres integrantes de la élite de *Sur* (Ocampo, Borges, Oliver), confrontándolos con los escritores de la izquierda argentina. Sin negar su historia y su origen de clase, ella marca sus diferencias y da una clave para la lectura que desearía de su obra:

> En un número anterior de *Hoy en la Cultura*, Leónidas Barletta se refiere en tono despectivo a la literatura de «las quintas de San Isidro, Adrogué, Merlo...». Justamente co-

21. Para ser justos con don Arturo: en el mismo libro hace un gran elogio de *Mundo, mi casa*, publicado poco antes del *Medio pelo...* (Jauretche, 1967: 82-83).

> mencé a percibir la luz, los árboles, la gente, en una chacra de Merlo, olorosa a eucaliptus y sonora de torcazas. Así fue: no puedo cambiarme por otra que hubiera pasado su niñez en un rancho de Santiago del Estero o en una Villa Miseria. Puedo, eso sí, señalar hechos que, por contraste, delaten la injusticia tremenda del orden social en el que me ha tocado vivir. Creo que esa noción me ha permitido recordar mi infancia sin que eso implique una «huida», y me ha librado de toda nostalgia de tiempos pasados, salvo la de los años –aunque todos no sean iguales para todos– en que miramos al mundo con ojos inocentes [...] Si mis recuerdos impiden que algunas conciencias se «calmen» habrán servido para algo más que para dar testimonio (*Hoy en la Cultura*, nº 12, enero-febrero de 1964).[22]

CODA

Hace muchos años, en los inicios de los setenta, escuché por primera vez el nombre de María Rosa Oliver en una reunión de amigos. El que habló de ella, a la que acaba de conocer en el grupo de Arturo Paoli, lo hizo con sorpresa y admiración.

Después leí sus libros de memorias y, más tarde, sus cartas, afortunadamente conservadas por algunos de sus corresponsales. Y en este transitar, que ya lleva más de medio siglo para mí, me encuentro coincidiendo con aquel compañero en la sorpresa y en la admiración. Por esa capacidad de Oliver de renovarse siempre, manteniendo la pasión y la compasión, la ironía y la ternura, la inteligencia y el humor.

Al recorrer esa vida que acompaña un siglo que en gran parte es el mío, me enfrento con muchas preguntas. Después de lecturas, encuentros, intercambios que compartí con quienes la conocieron y quienes la han estudiado, esas pregun-

22. Agradezco este texto a Javier Geraldi.

tas siguen sin respuesta. Frente al misterio de la persona, esa masa de pensamientos, sentimientos, emociones, palabras, contradicciones: ¿quién es María Rosa?

La realidad, decía un pensador nuestro,[23] «es la resistencia de las cosas a todo orden simbólico»; las cosas militan, se esfuerzan, para no dejarse atrapar por el lenguaje. «La escritura, tierra de nadie, teje una trama, un nudo corredizo que no ata a nada sino al hilo» (*Perfil*, 15 de febrero de 2021).

Frente a esta final tentación de impotencia, creo que sí es posible acercarse, aun fragmentariamente. Y como en esos retratos que se construyen con una multiplicidad de pequeñas fotografías, trazar una imagen de María Rosa Oliver.

Ojalá este libro, que se incorpora a un proyecto editorial afortunado, pueda ser un paso en esa perspectiva.

23. Eduardo del Estal, citado por Rafael Spregelburd.

Bibliografía

Publicaciones de Oliver

Libros

Oliver, María Rosa

1939a *Geografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

1945 *América vista por una mujer argentina*, Buenos Aires, Salzmann y Cia.

1955 (en colaboración con Norberto Frontini) *Lo que sabemos, hablamos... Testimonio sobre la China de hoy*, Buenos Aires, Botella al mar.

1965 *Mundo mi casa*, Buenos Aires, Falbo Librero Editor. [*Mundo mi casa*, Buenos Aires, De la Flor, 1995]

1969 *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana.

1981 *Mi fe es el hombre*, Buenos Aires, Ed. Carlos Lohlé. [*Mi fe es el hombre*, Buenos Aires, Ed. Biblioteca Nacional, 2008]

Oliver, María Rosa y Guasta, Eugenio

2011 *Correspondencia 1960-1976*, Buenos Aires, Ediciones Sur.

Artículos

1931 «Apuntes sobre arquitectura», *Argentina*, nº 2, junio, p. 12.

1935a «Títeres de cachiporra», en *Sur*, nº 10, julio, p. 12.
1935b «Una exposición de escenotécnica italiana», en *Sur*, nº 12, septiembre, pp. 80-81.
1938a «Mane Bernardo», *Conducta*, nº 9, septiembre-octubre, s/p.
1938b «Alfonsina Storni», *Sur*, nº 49, octubre, pp. 88-89.
1938c «Reseña de Ángel Osorio y Gallardo: *Cartas a una señora sobre temas de derecho político*», en *Sur*, nº 50, noviembre, pp. 61-68.
1939b «Dibujo y poesía», en *Sur*, nº 52, enero, pp. 74-75.
1939c «La novela norteamericana contemporánea», en *Sur*, nº 59, agosto, pp. 33-47.
1941a Reseña de «Ernest Hemingway: *From Whom the Bell Tolls*», en *Sur*, nº 76, enero, pp. 111-120.
1941b «Encuentro con el mar», en *Saber Vivir*, nº 7, febrero, pp. 18-19.
1941c «El olor a casa de campo», en *Saber Vivir*, nº 8, marzo, pp. 21-22.
1941d «Notas: Sherwood Anderson», en *Sur*, nº 78, marzo, pp. 80-81.
1941e «Desplazamientos», en *Saber Vivir*, nº 10, mayo, pp. 38-39.
1941f «American Fiction», en *Saber Vivir*, nº 14, septiembre, pp. 36-37.
1941g «El día marcado en los anales de la infamia», en *Sur*, nº 87, diciembre, pp. 17-20.
1941h «Navidades porteñas», en *Saber Vivir*, nº 17, diciembre, pp. 22-23.
1942a «Buenos Aires en verano», en *Saber Vivir*, nº 19, febrero, pp. 32-33.
1942b «Días patrios. Recuerdos de infancia», en *Saber Vivir*, nº 22, mayo; ilustraciones H. Butler, pp. 28-29.
1942c «Homenaje al Brasil», en *Sur*, nº 96, septiembre.
1943a «Hudson y Figari», en *La Nación*, *Suplemento cultural*, 26 de septiembre, p. 2.

1943b «Imágenes del Brasil», en *Sur*, nº 110, octubre, pp. 26-48.
1944 «Viajar por América», en *Correo Literario*, año II, nº 25, 15 de noviembre, pp. 1-2.
1945a «Prefacio», en Caillois, Yvette (recopilación), *Antología de la Resistencia Francesa*, Buenos Aires, Editorial Hemisferio.
1945b «Recuerdo de Mario de Andrade», en *Sur*, nº 126, abril, pp. 41-44.
1946 «A propósito de Cantinflas», en *Sur*, nº 145, noviembre, pp. 48-61.
1947a «Conversando con Cándido Portinari», en *Sur*, nº 152, junio, pp. 86-89.
1947b «Una película mejicana», en *Sur*, nº 157, noviembre, pp. 140-143.
1948 «Rectificación a un comentario de *Sur*», en *Sur*, nº 168, octubre, pp. 84-87.
1949a «Reseña de Miguel Ángel Asturias: *El señor presidente*», en *Sur*, nº 177, julio, pp. 73-77.
1949b «En cualquier lugar de Europa», en *Sur*, nº 179, septiembre, pp. 83-85.
1949c «¿Por qué hay que apoyar al Congreso Continental por la Paz y la Democracia?», en *Nuestras Mujeres*, Buenos Aires, Unión de Mujeres Argentinas, 1º de enero, p. 4.
1951a «Rectificaciones: Contestación a *Criterio*», en *Sur*, nºs 195-196, enero-febrero, pp. 79-80.
1951b «Las madres odiamos la guerra», en *Nuestras Mujeres*, 19 de agosto, p. 4.
1953a «El Congreso de los Pueblos», en *Por la Paz. Órgano del Consejo Argentino por la Paz*, año II, nº 21, enero, p. 1.
1953b «Reforma agraria en China», en *Nuestras Mujeres*, Buenos Aires, Unión de Mujeres Argentinas, septiembre, p. 9.

1954 «1954. Que la paz sea una realidad», en *Nuestras Mujeres*, nº 49, enero, p. 4.
1955 «Lo que yo vi en los Estados Unidos», en *Nuestras Mujeres*, julio, p. 15.
1958 «Meditación en Ceylán», en *La Gaceta Literaria*, año III, nº 12, febrero, p. 7.
1959 «Enero», en *La Gaceta Literaria*, año III, nº 17, enero-marzo, p. 7.
1960 «Navidades. Capítulo de un libro de recuerdos», en *Sur*, nº 266, septiembre-octubre, pp. 19-30.
1964 «La literatura de testimonio», en *Casa de las Américas*, nº 27, diciembre, pp. 3-11.
1966 «Años de plácida inquietud», en *Sur*, nºs 298-299, enero-abril, pp. 14-18.
1968 «Solamente un testimonio», en *Casa de las Américas*, nº 47, marzo-abril, pp. 92-94.
1971 «La salida», en *Sur*, nºs 326-328, septiembre 1970-junio 1971, número monográfico sobre La Mujer, pp. 119-128.
1974a «Una película mexicana», *Sur*, nºs 334-335, enero-diciembre, número monográfico sobre cine, pp. 88-90 (reproduce el artículo publicado en nº 157, 1947).
1974b «Según su conciencia», en el dossier Julio Cortázar. La responsabilidad del intelectual latinoamericano. Discursos argentinos sobre *Libro de Manuel* y el premio que acaba de ganar en París, *La Opinión Cultural*, domingo 8 de diciembre, p. 2.

Bibliografía de referencia

Acha, Omar
2006 *La Nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Eudeba.

Americus (seudónimo de Enrique Loncan)
1918 «Impresiones de un baile», en *Revista La Nota* (Buenos Aires), nº 163, 20 de septiembre, pp. 3.498-3.500.

Barrera, Gustavo *et al.* (selección, edición y notas)
2012 *Epistolario americano. Gabriela Mistral y su continente*, Santiago de Chile, Das Kapital Ediciones.

Becerra, Marina
2013 «Genero y antifascismo en la autobiografía de María Rosa Oliver», en *Estudios avanzados*, nº 20, diciembre, pp. 97-114.
2015 «María Rosa Oliver (1898-1977), de la historia a la autobiografía», en *Arenal*, vol. 22, nº 1, enero-junio, pp. 31-47.

Bertúa, Paula
2012 «María Rosa Oliver: de la biblioteca heredada a la biblioteca conquistada», en Silva, María Guadalupe (coord.), *Literatura latinoamericana y representación. Diez ensayos críticos*, Buenos Aires, NJ Editor.
2013a *Entre lo cotidiano y la revolución. Intervenciones estéticas y políticas de mujeres en la cultura argentina (1930-1950)*, tesis doctoral (IIEG-UBA) (inédita).
2013b «María Rosa Oliver: apuntes de viaje y crítica cultural», *en Boletín/17*, Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria, diciembre [*en línea*.] Disponible en <https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/3695/CONICET_Digital_Nro.4931_A.pdf?sequence=2> [consulta: 19 de mayo de 2025]
2017 «Dossier María Rosa Oliver. Trayectos de una escritora descentrada» (coordinación y edición), en *Revista Mora*, vol. 23, nº 2.

2021 «María Rosa Oliver, la *voyageuse* oriental», en *Estéticas contemporáneas en la cultura latinoamericana*, NJ Editor, Ediciones del Instituto de Literatura Hispanoamericana, Universidad de Buenos Aires.

Bianco, José
1981 «Recuerdos de María Rosa Oliver» (reseña de *Mi fe es el hombre*) en Sábado, suplemento de *Uno más Uno*, México, 10 de octubre, p. 7.
2018 *Epistolario*, Buenos Aires, Eudeba, Serie de los dos siglos.

Bosoer, Fabián
2011 *Braden o Perón. La historia oculta*, Buenos Aires, El Ateneo.

Canto, Estela
1989 *Borges a contraluz*, Madrid, Espasa Calpe.

Catelli, Nora
2007 «María Rosa Oliver», en íd., *En la era de la intimidad*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.

Céspedes, Augusto
1975 *El presidente colgado*, Buenos Aires, Eudeba, colección Iberoamérica en la historia. [1º edición Jorge Álvarez, 1966]

Clementi, Hebe
1992 *María Rosa Oliver*, Buenos Aires, Planeta.

Conti, Haroldo
1974 «Cuando enmudezcan todas las voces», en *La Opinión Cultural*, 8 de diciembre, p. 4.

Córdova Iturburu
1945 *Diccionario de la actualidad mundial*, Buenos Aires, Atlántida.

Corrado, Omar
2016 «Los sonidos del '45. Música e identidades en Buenos Aires entre el fin de la Segunda Guerra y los comienzos del peronismo», en *Revista del Instituto Superior de Música*, nº 16, Santa Fe, pp. 9-61.

Cramer, Gisela
2016 «La geopolítica de la radiodifusión: Estados Unidos y la radio latinoamericana durante la Segunda Guerra Mundial», en *Claves. Revista de Historia*, vol. 2, nº 3, Montevideo, julio-diciembre, pp. 133-161.

Fernández Bravo, Álvaro
2008 «Introducción a *Mi fe es el hombre*», en Oliver, María Rosa, *Mi fe es el hombre*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, colección Los Raros, pp. 9-49.

Frank, Waldo
1975 *Memorias*, Buenos Aires, Sur.

Fukelman, María
2018 «Mujeres en la historia del movimiento de teatros independientes de Buenos Aires: aportes para la historia de La Cortina y el Teatro Espondeo», en *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género*, El Colegio de México, vol. 4, pp. 1-28.

Gálvez, Manuel
2003 *Recuerdos de la vida literaria (II). Entre la novela y la historia. En el mundo de los seres reales*, Buenos Aires, Taurus.

García Lupo, Rogelio
2006 «Victoria Ocampo y el expediente Durán», en *Últimas noticias de Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Vergara, pp. 191-235.

Gerhardt, Federico
2021 «La revista *Saber Vivir* (Buenos Aires, 1940-1956) y la prensa de la emigración catalana en la Argentina: entre el consumo y la difusión culturales», en *Caderno de Letras*, nº 39, abril, pp. 193-214.

Giaccio, Laura
2025 *De Europa a Buenos Aires. Las visitas de escritores en torno al Centenario: celebridad, puesta en escena y sociabilidad literaria (1909-1912)* [Tesis doctoral], Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

Glik, Mónica Sol
2015 *El hogar de la victoria: la promesa del* american way of life *para América Latina (Estados Unidos-Brasil-Argentina, 1940-1945)* [Tesis doctoral], Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis.

Goloboff, Mario
2011 *Julio Cortázar, la biografía*, Buenos Aires, Cuadernos de Sudestada, Peña Lillo-Ediciones Continente.

Gómez Pereira, Vanessa
2020 «María Rosa Oliver: visible ausente. Una revisión del canon intelectual latinoamericano», en *La Manzana de la Discordia*, vol. 15, nº 1, enero-junio, pp. 171-208.

González Lanuza, Eduardo
1943 «María Rosa Oliver», en *Conducta*, nº 26, septiembre, s/p.

1981 «Galería de personajes» (reseña de *Mi fe es el hombre*), en *La Nación*.

Greco, Martín
2015 «De la vanguardia estética a la vanguardia política (*Argentina*, 1930-1931)», Badebec, vol. 5, nº 9, septiembre, pp. 213-242.

Guasta, Eugenio
2012 *Tres mujeres en la cultura argentina: Victoria Ocampo, María Rosa Oliver y Carmen Gándara*, Buenos Aires, Jockey Club.

Guevara, Ernesto
1997 *El diario del Che en Bolivia. Noviembre 7, 1966 a octubre 7, 1967*, Montevideo, Ediciones Sandino, cuarta edición.

Hawes, Elisabeth
1946 *Por qué lloran las mujeres. O mujeres con llaves inglesas* (versión directa de Minerva Daltoe), Buenos Aires, Lautaro.

Jauretche, Arturo
1967 *El medio pelo en la Sociedad Argentina. (Apuntes para una sociología nacional)*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, novena edición.

Kelly, David
1962 *El poder detrás del trono*, Buenos Aires, Coyoacán.

King, John
1989 «*Sur*». *Estudio de la revista argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura. 1931-1970*, México, Fondo de Cultura Económica.

Lohlé, Carlos
1986 *Presencias y experiencias* (prólogo de Marcela Solá), Buenos Aires, Ed. Carlos Lohlé.

Marichal, Carlos
2016 «Reseña de Gisela Cramer y Ursula Prutsch (eds.), ¡*Americas Unidas! Nelson Rockefeller´s Office of Inter-American Affairs (1940-46)*, Iberoamericana, Vervuert, 2012», en *Historia Mexicana* (El Colegio de México), vol. LXV, nº 3, enero-marzo, pp. 1.496-1.501.

Martínez, Tomas Eloy
1969 «Sobre erizos y hombres» (reseña), en *Sur*, nº 321, noviembre-diciembre, pp. 68-71.

Matallana, Andrea
2022 «Arte latinoamericano y política de Buena Vecindad: Lincoln Kirstein y la colección del MoMA, 1943», en *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, México, nº 74, pp. 11-39.

Mistral, Gabriela y Ocampo, Victoria
2007 *Esta América nuestra. Correspondencia 1926-1956*, Buenos Aires, El cuenco de plata.

Molloy, Sylvia
1996 *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica-Colmex.

Moraes Medina, Mariana
2020 *Turistas intelectuales. Viaje, política y utopía en María Rosa Oliver y Ezequiel Martínez Estrada*, Mérida, UNAM.

Nalim, Jorge
2012 «Redes transnacionales, antiperonismo y Guerra Fría: Los orígenes de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura», en *Prismas*, vol. 16, nº 1, junio, pp. 121-144.

Ocampo, Victoria
1965 «Recuerdos sobre recuerdos (al margen de MRO: *Mundo mi casa*)», en *Sur*, nº 295, julio-agosto, pp. 79-85.
1977 «A María Rosa», en *Sur*, nº 340, enero-junio, separata en el número de Homenaje a Malraux.
1980 *Autobiografía*, vols. I, II y VI, Buenos Aires, Sur.

Orgambide, Pedro
1958 «Una escritora y la paz», en *Gaceta literaria*, año III, nº 14, agosto, p. 2.

Pasero, Carlos A.
2011 «Viajeros argentinos en el Brasil: Representaciones en tránsito de la lengua portuguesa», en *Cadernos de Letras da UFF*, Dossiê: Linguagens em diálogo, nº 42, pp. 133-155.

Pavilack, Jody
2018 «Henry A. Wallace y sus "amigos" en América Latina», en Aránguiz Pinto, Santiago y Herrera González, Patricio (eds.), *Los comunismos en América Latina. Recepciones y militancias (1917-1955)*, vol. II, Santiago de Chile, Historia Chilena, pp. 215-232.

Petra, Adriana
2013 *Intelectuales comunistas en la Argentina (1945-1963)* [Tesis de posgrado], Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. En Memoria Académica. Disponible

en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.896/te.896.pdf> [consulta: 5 de mayo de 2025]

2014 «Gaceta Literaria: un artefacto editorial y una revista de pasaje en la trama de la cultura comunista latinoamericana de los años '50», en Delgado, Verónica *et al.* (coords.), *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, pp. 258-275.

2017 «Rosita la Roja. María Rosa Oliver y el mundo comunista de posguerra», en dossier «María Rosa Oliver. Trayectos de una escritora descentrada», en *Revista Mora*, vol. 23, nº 2, pp. 159-168.

2020 «María Rosa Oliver, el comunismo y la cultura argentina», en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], Colloques. Disponible en <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/141277> [consulta: 19 de mayo de 2025]

2023 «El Movimiento por la Paz y América Latina. Notas sobre María Rosa Oliver y una red intelectual antiimperialista en la primera Guerra Fría», en Abrego, Verónica y Bremer, Thomas (coords.), *Redes transatlánticas. Intelectuales y artistas entre América Latina y Europa durante la Guerra Fría*, España, Iberoamericana Vervuert, pp. 43-66.

Pierini, Margarita

2004 «El viaje como iniciación en las memorias de María Rosa Oliver», en Zamudio, Luz Elena (ed.), *Espacio, viajes y viajeros en la literatura latinoamericana*, México, Aldous/UAM-I, pp. 122-138.

2010 «*Desde nuestros balcones*: lazos familiares y poder político en las memorias de tres escritoras argentinas», en X Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y V Congreso Iberoamericano de Estudios de Género: «Mujeres y Género: Poder y Política», UNLu, septiembre.

2013 «*La luz de tu valle de Anáhuac*: imágenes de México y Argentina en la correspondencia Alfonso Reyes/María Rosa Oliver (1930-1956)», *Texto Crítico*, nueva época, año XVI, nº 33, julio-diciembre, pp. 7-14.
2017 «María Rosa Oliver: mundo (de letras), su casa», en dossier «María Rosa Oliver: Trayectos de una escritora descentrada», en Bertúa, Paula (coord.), *Revista Mora* (IIEGE-UBA), vol. 23, nº 2, diciembre, pp. 5-18.

Prieto, Adolfo
1966 *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Jorge Álvarez.

Rama, Ángel
1965 «La fascinación del mundo» (reseña de *Mundo, mi casa*), en *Marcha*, nº 1.275, 8 de octubre, p. 29.

Reyes, Alfonso
1969 *Diario 1911-1930* (prólogo de Alicia Reyes), México, Universidad de Guanajuato.

Rogers, Geraldine
2020 *Raúl G. Tuñón, poesía y reportaje*, Mérida, UNAM, colección Sextante.

Rojo, Ricardo
2024 *Mi amigo el Che. El primer libro sobre la vida y la muerte de Ernesto Che Guevara*, Editorial Marea, con prólogo de Daniel Divinski y epílogo de Alejandra Rojo. [primera edición Jorge Álvarez, 1968]

Saitta, Silvia (comp.)
2007 *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Salzmann, Juan Jorge
1943 *Economía de guerra* [Tesis doctoral], Buenos Aires, Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Económicas, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires.

Saslavsky, Luis
1983 *La fábrica lloraba de noche. Recuerdos de Hollywood*, Buenos Aires, Celtia.

Sitman, Rosalie
2003 *Victoria Ocampo y Sur. Entre Europa y América*, Buenos Aires, Universidad de Tel Aviv-Lumière.

Tinnell, Roger
2012 «Correspondencia y documentos inéditos en la Fundación García Lorca», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 739, enero, pp. 53-75.

Tristán, Flora
1986 *Peregrinaciones de una paria*, Gijón, Ediciones Istmo.

Valobra, Adriana M.
2008 «Feminismo, sufragismo y mujeres en los partidos políticos en la Argentina de la primera mitad del siglo XX», en *Amnis, Revue de civilisation contemporaine Europes/Amériques*, nº 8. Disponible en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7382/pr.7382.pdf> [consulta: 15 de julio de 2025].

Agradecimientos

A Teresa Borthagaray, por tantas tardes de recuerdos.
A Eduardo Paz Leston, el amigo memorioso.
A Julia y Luis Laspiur, por sus aportes a la historia de su tía María Rosa.
A Eugenio Guasta (†).
A Marcelo Cosnard, milagroso buceador.
A Paula Bertúa, por el interés compartido en María Rosa Oliver.
A la Biblioteca del Fondo Nacional de las Artes, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Biblioteca de la Academia Argentina de Letras, Biblioteca del CeDInCi, Hemeroteca del Partido Comunista (Buenos Aires), Hemeroteca de la Facultad de Filosofía y Letras y Archivo de la Facultad de Ciencias Económicas (UBA).

En México:

Alicia Reyes (†).
Capilla Alfonsina.
Biblioteca Nacional de México (BNM).
Archivo del Colegio de México (Colmex).

Este libro es deudor de los datos y reflexiones de muchos investigadores, no siempre incluidos en la bibliografía: sepan disculpar la desmemoria. Quiero agradecer especialmente a

Guillermo Korn, Rodolfo Oviedo, Javier Geraldi, Darío Pulfer, Andrea Calió, por sus sugerencias y aportes.
A Laura Cilento y Oscar Conde, por hacer un lugar en su colección a este *año especialmente admirable* en nuestra Historia.

Buenos Aires, marzo de 2025

unipe
editorial
universitaria

COLECCIÓN AUTOR/FECHA

Eduardo Romero | Cortázar, 1963
Acerca de *Rayuela*

Cristina Piña | Denevi, 1955
Acerca de *Rosaura a las diez*

Vicente Battista | Walsh, 1957
Acerca de *Operación Masacre*

Oscar Conde | Charly García, 1983
Acerca de *Clics modernos*

PRÓXIMOS TÍTULOS

Judith Gociol y Laura Cilento | Oski y Bruto, 1955
Acerca de *Medisinal Brutoski ilustrado*

unipe
editorial
universitaria

María Rosa Oliver integró el grupo de intelectuales latinoamericanos invitados por la Oficina de Asuntos Interamericanos para difundir las políticas de Buena Vecindad de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial.
Como parte de su misión, al regresar a Buenos Aires tuvo a su cargo un programa de radio, *América vista por una mujer argentina*, con charlas que poco después se reunieron en libro, en octubre de 1945.
Viaje y libro marcan un hito en la vida y en la obra de esta intelectual que supo ser protagonista, testigo y escriba del siglo XX. Y también, de un año que marcó la historia argentina.

ISBN 978-631-6745-01-9

www.unipe.edu.ar